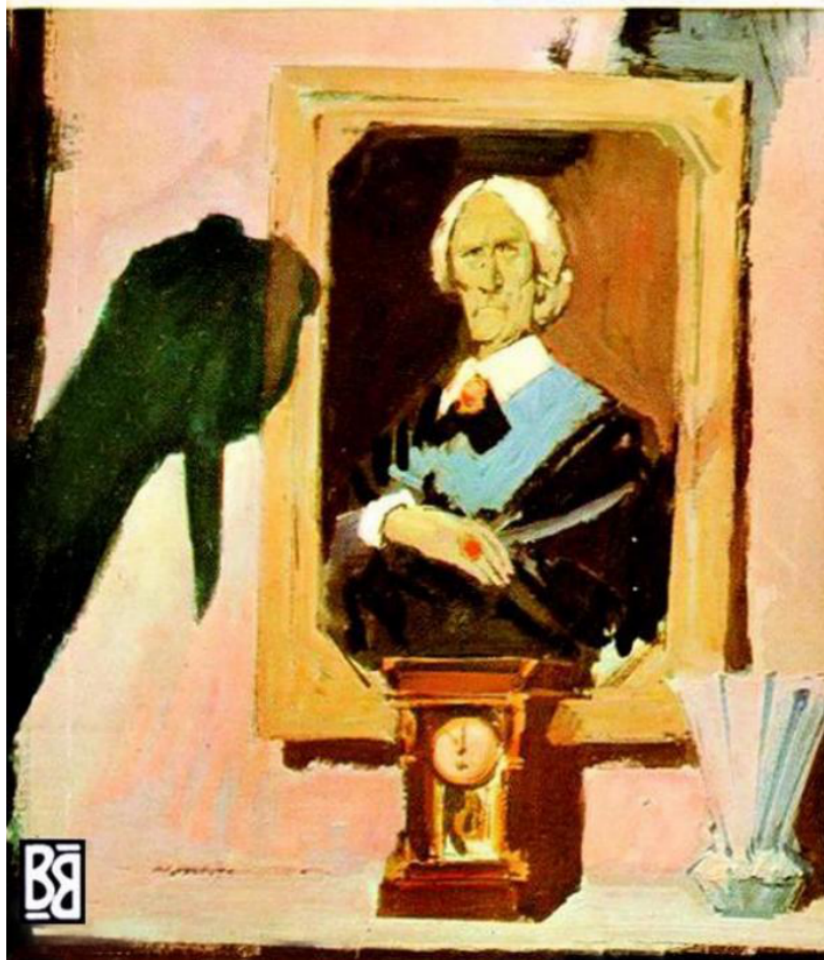


PUNTO
ROJO

tres noches con los espíritus

silver kane



BB

COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

TRES NOCHES CON LOS ESPIRITUS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 333
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 26.154 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1968

© SILVER KANE - 1968
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

PRIMERA NOCHE

CAPÍTULO PRIMERO

La casa se divisaba al final de la pista, detrás de un espeso muro de bosques sombríos y de lagunas de aguas tristes. Aparecía de repente ante los ojos, cuando uno tomaba la curva. Como estaba encima de un pequeño promontorio, parecía dominar el paisaje.

El *sheriff* del condado detuvo el coche.

—Este automóvil es magnífico —dijo Norma.

Miraba el *tablier* de madera fina, los indicadores deportivos y el ambiente de juventud que se desprendía de aquel nuevo modelo de «Pontiac». Estaba en rodaje. No había hecho aún las mil millas.

El *sheriff* acarició el volante.

—Al fin los contribuyentes se han dignado dotarnos de un buen cacharro para el servicio de patrulla. No crea que no me hace falta, porque aquí las distancias son inmensas. ¿Es aquélla la casa, no?

Norma alzó la cabeza, dejando que sus ojos se apartaran del sugestivo *tablier*.

—Sí, es aquélla.

—Ya suponía que no me equivocaba.

El *sheriff* puso primera de nuevo, desembragó mientras daba gas e hizo que el automóvil dejara la carretera, deslizándose suavemente por la senda enarenada que llevaba hasta la casa.

Cuanto más se acercaba uno, más impresión producía ésta.

Era de dos pisos y debía tener al menos unas dieciocho habitaciones. Estaba construida con arte, con lujo y con ese sentido señorial de las casas antiguas, que no eran simplemente lugares para dormir, sino amplios espacios donde el dueño recibía a sus amistades y desarrollaba su personalidad. Casas como aquélla sólo se encontraban ya en algunos lugares históricos de Francia.

¿Pero qué es Luisiana sino una prolongación de Francia?

El *sheriff* suspiró con deleite.

—Es bonita. ¿Cuántos años tendrá?

—Unos doscientos.

—Ahora ya nadie podría sostener una casa así, ¿eh? Ni los millonarios. Harían falta diez criados al menos.

Norma se pasó un dedo por sus pulposos labios, como si se los acariciase.

—En el caso de que pase a ser de mi propiedad pienso venderla —dijo—. Puede parar en el jardín.

—De acuerdo.

El *sheriff* puso el freno de mano, y los dos descendieron. La casa, cuando se estaba tan cerca de ella, perdía parte de su encanto. Había algunas grietas en las paredes, manchas de humedad, y ventanas que no ajustaban. Pero seguía impresionando igualmente.

—Bien... —dijo el representante de la ley en el condado—. Hemos llegado. Y celebro mucho haberla acompañado hasta aquí, señorita Norma.

Ella extrajo un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere?

—No, gracias.

Pero le dio fuego, y ella aspiró el humo con deleite, mientras miraba frente a sí.

—Ahora debe dejarme sola, *sheriff*.

—¿De... verdad?

—¿Para qué cree que le pedí que me acompañara? Simplemente, yo no conocía el camino. Me marché de aquí cuando tenía diez años, y ya no me acordaba de nada. Pero debo quedarme sola o perderé mis derechos.

El *sheriff* arqueó una ceja.

—¿Es cierto eso de las tres noches?

—¿Cree que le gasté una broma?

—No, claro que no, pero...

—Si quiere le enseñaré una copia del testamento. La llevo encima.

—No hace falta. La creo. Lo único que ocurre es que todo esto me parece muy extraño.

—¿Por qué?

—Parece un capricho de loca.

—Tal vez lo sea, pero el testamento es válido. Se trata de una

condición excéntrica, pero que no vulnera la ley. Todos hemos consultado a nuestros abogados sobre esto.

Y como olvidándose del hombre, Norma se sentó en el capó del coche, cruzando las piernas, para contemplar más a su gusto la casa. Parecía así uno de esos anuncios que aparecen en las revistas.

El *sheriff* tragó saliva penosamente y lamentó en estos momentos con toda su alma ser un representante de la ley.

—Mi tía pasó aquí toda su vida —dijo Norma lentamente, como si resumiera sus pensamientos—. Éste era el reino de la altiva, de la orgullosa Eleonora Deville. Se sentía a gusto aquí y no salía casi nunca. Sólo hizo un viaje y, ¡lo que son las cosas!, el avión en que viajaba se estrelló. Usted recordará el accidente, *sheriff*.

Lo único que recordaba el hombre era que la chica tenía unas piernas como para ponerse a lanzar mordiscos al aire, pero dijo tranquilamente:

—Sí, el avión de la línea regular entre Nueva Orleans y Chicago. Se estrelló cerca de Topeka, porque alguien, tal vez, puso una bomba en él. Eso no ha sido aclarado. El caso fue que no hubo ningún superviviente.

—También es mala suerte, ¿eh? Hay gente que se harta de ir por el mundo en avión y no pasa nada. En cambio, ella..., ya ve.

—Sí, ya veo.

Como la frase tenía dos sentidos (o quizá solamente uno), ella se bajó un poco la falda.

—El testamento era sencillo en todas sus partes, menos en una —siguió diciendo Nora—. Los cinco sobrinos de Eleonora Deville debíamos reunirnos aquí y pasar tres noches en la casa, pero solos. Fecha de reunión, aquélla en que yo cumpliera la mayoría de edad, que justamente es hoy.

Aqué! que muriera o se marchara por cualquier causa, perdía su derecho a la herencia.

—¡Qué estupidez! —Fue todo lo que se le ocurrió decir al *sheriff*—. ¿Y por qué no hizo algo más sencillo y le dejó, por ejemplo, toda la herencia al gato?

Norma rió.

—Porque eso sí que hubiera sido ilegal. Mi tía tenía que respetar nuestros derechos, es decir, no podía designar más herederos que nosotros. Pero para adquirir la herencia, podía elegir las

condiciones que le pareciesen bien, y ya ve lo que se le ocurrió.

—Pues a mí no me parece tan difícil. Vivir aquí tres días con sus noches..., ¿y qué?

—Verdaderamente —reconoció Nora—, no es difícil.

—¿Usted tiene miedo?

La chica volvió a reír.

—¿Por qué habría de tenerlo?

—No sé. Esta casa es tan grande...

—Pero no encierra ningún peligro. Lo único que debe haber son ratones por todas partes.

Se deslizó del capó al suelo, rompiendo la turbadora visión con que había estado obsequiando al *sheriff*. A éste le pareció, de repente, que la casa, al fin y al cabo, era un asco, y que el día se estaba nublando. Hasta se lo ocurrió pensar que el magnífico coche sería chatarra dentro de unos años.

—La fortuna de Eleonora Deville debía ser cuantiosa —dijo, cambiando de conversación.

—Enorme. Mi tío le dejó, entre unas cosas y otras, millones de dólares, contando el valor de esta casa.

El *sheriff* lanzó un silbido de admiración.

—¿Y no los gastó? ¿No gastó nada?

—Nada. Al contrario, aún tenía que reservar a nuestro favor una parte de los intereses; mi tía tenía lo justo para vivir bien, pero sin demasiadas estridencias. Ella heredó lo que se llama un fideicomiso. Usted sabe lo que es ¿no?

—Claro, una herencia que uno no puede tocar, gozando sólo de sus intereses, porque debe entregarla intacta, cuando muera, a determinadas personas. Ésa es la idea que tengo del fideicomiso.

—Y es exacta, ¿vamos *sheriff*?

Avanzó hacia la casa. Tras los cristales que no habían sido limpiados en muchos años, parecían deslizarse extrañas sombras. Cualquiera diría que en el interior se oían ruidos furtivos, rápidos, breves.

El *sheriff* dio un puntapié a un viejo nido que se había formado en el jardín. De él saltaron velozmente dos saltamontes. Uno pasó tan cerca de la cara de Norma, que pareció como si fuera a rozar sus ojos.

Sin embargo ésta no movió los párpados.

Aquello era extraño, y al *sheriff*, buen observador, no se le escapó. Cuando algo viene hacia nuestros ojos, nosotros, instintivamente, bajamos los párpados. Sin embargo, Norma no lo había hecho. ¿Por qué?

Gruñó:

—Ejem... Señorita Deville, usted no puede cerrar bien los ojos. ¿Qué le pasa?

—Creí que lo había notado —dijo.

—Notar, ¿qué?

—No tengo movimiento en los párpados. No puedo bajarlos nunca, y estoy condenada a vivir con los ojos eternamente abiertos. No puedo cerrarlos nunca, ¿sabe? Ni siquiera cuando duermo. Estoy eternamente condenada a tenerlos abiertos...

La furgoneta de la policía local entró en el patio y empezó a descargar la «cosecha» de primeras horas del anochecer. Ésta era ya abundante, para lo temprano de la hora. Un par de proxenetas, un timador, dos jugadores de ventaja y cuatro chicas que hacían la calle por el barrio francés, y a las que nadie hubiera molestado de no haberse enzarzado en una tremenda bronca.

El sargento se pasó una mano por debajo de la visera. Sudaba.

—Vamos, a entrar en fila india. Alineados..., Tú, niña, que has perdido un zapato.

La mujer lo recogió, inclinándose exageradamente para que él admirara un amplio panorama.

—Ahora he perdido un zapato. ¿Pero tú sabes lo que yo perdí a los quince años, nene?

El sargento sudaba más y más.

—No me interesa.

—¡Qué casualidad! Yo que creí que todos los hombres pasabais la vida buscando lo que una pierde.

—¡A callar!

El comisario Murdock miraba todo aquello por la ventana.

Tenía unos cuarenta años y un aspecto eternamente preocupado. Ciertamente que aquel cargo no era como para pasarse unas vacaciones. Le correspondía el peor sitio del barrio francés de Nueva Orleans. Y estaba de acuerdo en que Nueva Orleans es una ciudad maravillosa, pero que al mismo tiempo recoge toda la escoria que lanza el río, el

viejo Mississippi, al que los indios llamaban «padre de las aguas» y que ahora podría llamarse padre de muchas otras cosas.

El sargento se presentó ante él.

—Primera redada, señor.

—¿Algún incidente?

—Bueno, lo de siempre. Pero en los lugares dudosos cada vez hay menos mujeres y más hombres, ¿sabe? Se nota que los gustos están cambiando. Menos mal que yo me jubilo pronto.

El comisario hizo una seña a su ayudante.

—Interróguelos. Al que no tenga los documentos en regla, una quincena. Los demás, la noche en el calabozo y mañana a la calle.

—Bien, señor.

Llamó por el interfono. La luz del despacho se iba haciendo más indecisa cada vez, pero a él le gustaba aquella especial dulzura de los anocheceres de Nueva Orleans. Una voz femenina le respondió.

—Señor...

—Elisa, ¿ha encontrado todos los informes ya archivados sobre la casa de los Deville?

—Sí, señor.

—Tráígalos.

La chica entró dos minutos después. Quizá contaría unos treinta años y la primera semana de trabajar con ella no llamaba la atención. A la segunda, uno empezaba a pensar que, al fin y al cabo, no tenía malas piernas. A la tercera, que valdría la pena invitarla a cenar. A la cuarta, uno llegaba por las mañanas al despacho pensando que estaba descomunal y que decirle eso no pasaba de aquel día.

—Los informes, señor.

—Gracias, Elisa.

—¿Ocurre algo?

—No, pero se los he hecho buscar por una simple coincidencia. ¿Usted recuerda al asesino de los lagos?

—Claro, señor. El que mató a tres personas cerca de la casa de los Deville y no fue capturado nunca. Mataba siempre descalzo y tenía seis dedos en un pie. Por eso sus huellas resultaban inconfundibles.

Murdock suspiró.

—Bueno, es un viejo asunto. Quizá no valdría la pena que me

preocupara por él. Pero se ha recibido una denuncia diciendo haber visto de nuevo unas huellas que se parecen mucho a aquéllas.

Como yo estuve encargado del caso y éste aún no se ha cerrado, convendría que vuelva a darme por allí una vuelta.

La puerta crujía al abrirse. Dejaba marcada en el suelo, al girar, una densa estela de polvo. Los muebles apenas se divisaban en la penumbra. Pero debían conservarse bien, a pesar de los años, porque estaban cubiertos con fundas blancas.

El *sheriff* murmuró:

—¿Funcionará la luz?

—No hay razón para que la hayan cortado, porque la compañía debe haber estado cobrando los recibos en el banco. Busque los conmutadores. Están a la derecha.

—Se acuerda usted de bastantes cosas.

—Hace muchos años, pero hay algunos detalles que le quedan grabados a una.

Efectivamente, los conmutadores estaban a la derecha. El *sheriff* los hizo funcionar y una claridad indecisa llenó la estancia. Era una claridad indecisa, porque las lámparas estaban cubiertas de polvo.

Las habitaciones eran grandes, como todo en la casa. Las puertas de las diversas estancias estaban abiertas. Se veía una sala de descanso, una biblioteca, una sala de juegos con una enorme mesa de brillar...

El *sheriff* se acercó a ella.

—Es curioso —dijo—. Parece como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿Por qué?

—Mire esas velas. Están aún sobre la mesa, como quedaron hace años. No se han movido en muchísimo tiempo. Observe el polvo que las cubre. El polvo que cubre la mesa también.

—Sí, y produce una impresión... extraña.

—Como si en esta casa aún viviera alguien, ¿verdad?

—No sé.

La muchacha parecía molesta. Diríase que el aire de la mansión la ahogaba. Fue hacia una de las ventanas y la abrió de par en par.

La luz indecisa del anochecer entró por allí. Se veía un amplio y descuidado jardín que correspondía a la parte trasera de la casa.

Había hierbas altas, algunas flores silvestres y unas lápidas.

—Eso no lo recordaba —dijo Norma con voz queda.

—¿Qué es lo que no recordaba?

—Que el cementerio familiar estuviera ahí, tan cerca, en la parte trasera de la casa...

Cuando uno deja atrás la ciudad de Jennings y entra en el condado de Jefferson Davis, llamado así en honor de uno de los primeros presidentes del país, encuentra una magnífica carretera que le lleva hasta la ciudad de Kinder, a orillas del Calcasieu River. El Calcasieu es un río con viejas reminiscencias francesas, en cuyas cercanías hay bastantes lagos, tupidos bosques y un paisaje que algunos consideran encantador y otros siniestro. Pero lo cierto es que bastantes personas pasan sus vacaciones allí y en verano la carretera está frecuentadísima.

No era ése el caso del hombre que se dirigía, con un Chevrolet deportivo, hacia las inmediaciones.

El verano ya había pasado y estaban en lo mejor del otoño. El hombre parecía preocupado.

Rodaba a buena velocidad, aunque sin quebrantar las leyes, y diríase que tenía una cita importante al final de su viaje.

Era joven y de apariencia atlética. Se le podrían calcular unos veinticinco años. Vestía un traje gris y mostraba esa expresión de los hombres que, pese a su juventud, disfrutan poco de la vida, porque siempre están atosigados por la falta de tiempo.

Al tomar una curva, su coche derrapó.

Estuvo a punto de perder el control y de irse al diablo. Pero gracias precisamente a no llevar demasiada velocidad, pudo dominar el coche. Hizo un gesto de contrariedad al comprobar lo que le había sucedido.

Acababa de tener un reventón.

Descendió, puso tras él la señal de peligro, se quitó la americana y se dispuso a cambiar la rueda. Era lo peor que le podía pasar. Todo aquello le robaría un tiempo del que ya no disponía.

Estaba trajinando con el gato, cuando oyó el suave chirrido de otro coche que se detenía junto a él.

—¿Le ayudo, amigo?

El joven se volvió.

Vio un coche europeo, un magnífico Jaguar gris de dos plazas.

Desde la parte del volante le miraba un rostro duro y bien rasurado. El rostro de un hombre elegante y que sabe vivir. Sus ojos brillaban penetrantes y negros.

El que acababa de detenerse, exclamó:

—¡Pero qué casualidad! ¡Si es Halloran!

Halloran se puso en pie.

Era muy alto y aún lo pareció más cuando se dirigió al bajo coche deportivo. Su elegante conductor saltó también a la carretera.

—¿Cuándo has salido de la cárcel, Rock?

El del «Jaguar» rió torvamente.

—A otro no se lo diría, pero contigo no vale la pena mentir. Hace una semana.

—¿Y ya tienes eso?

Señalaba el fabuloso coche.

El otro acarició el capó.

—¿Qué quieres? Uno sabe vivir.

—El delito es rentable, ¿eh?

—Nadie tiene derecho a llamarme delincuente —dijo abruptamente Rock.

—Yo sé que lo eres. Y debes estar en libertad bajo palabra.

—Sí.

—¿Vuelves a traficar con la mandanga? ¿O a matar?

Los nudillos de Rock, que era un verdadero gigante, más alto incluso que Halloran, crujieron.

—Si otro me dijera eso, le partiría la cara aquí mismo, muchacho.

—Bueno, no te enfades. Es una tontería.

—Contigo es difícil que me enfade. No puedo olvidar que durante el proceso fuiste el único periodista que estuvo de mi parte.

—No me parecías tan mal tipo como la gente decía. Pero eso no quita para que seas un delincuente.

Acarició él también el capó de aquel maravilloso coche que nunca llegaría a poseer.

—Vaya, vaya con Rock Devine... Las cosas marchan bien, los negocios van viento en popa.

Hasta en la cárcel se prospera cuando se es listo.

—Es que el mundo está lleno de tontos —dijo filosóficamente Rock—. Yo no tengo la culpa.

—¿Y adónde vas ahora?

—Te asombrarás.

—¿Por qué?

—Voy a tratar de cobrar una herencia.

Halloran chascó los dedos. Tenía buena memoria. Recordaba aquello perfectamente, recordaba todo lo que en el proceso se dijo sobre la rica familia de Rock Deville.

—¿Y adónde vas a tratar de cobrarla?

—A la vieja casa de mis antepasados. ¿No sabes que está por aquí?

Señaló un punto impreciso, más allá de los bosques. Más allá del río y más allá del misterio que parecía envolverlo todo, desde el paisaje hasta el quieto aire que respiraban. A Halloran le dominó una curiosa sensación de soledad.

—¿Y para qué tienes que ir a la casa de tus antepasados?

—Es una historia curiosa. Verás...

Y se la contó en pocas palabras. La muerte de Eleonora Deville. Su enorme herencia. El extraño testamento con la condición que había impuesto para distribuirla.

A Halloran se le ocurrió el mismo pensamiento que al *sheriff*.

—Más le hubiera valido dejarle todo al gato.

—No podía, aunque por su gusto es seguro que los hubiera hecho. ¿Por qué no había de quererle más que a sus sobrinos? ¡Menuda pandilla de zánganos estamos hechos todos!

—¿Cuántos sois?

—Cinco.

—¿Todos hombres?

—No. Hay dos mujeres. Y una de ellas, ¡qué mujer! Hace tres años que no veo a mi prima Norma, pero entonces ya paraba un tren de mercancías. Si no me la han estropeado, ahora estará mejor que nunca. Oye, ¿y tú adónde vas ahora?

—Siempre que veas a un periodista con prisa, es que tiene un reportaje que se le puede escapar.

—¿Dónde te esperan?

—En la población de De Ridder, casi junto a la línea fronteriza del estado de Texas.

—¿Y quién?

—Robert Kennedy.

Rock lanzó un silbido.

—Diablos, tú ya no te paras en cosas pequeñas. Has debido subir mucho en tres años. Antes sólo te interesaban los maleantes más o menos pintorescos como yo. Y ahora...

—Empecé haciendo sucesos, como tantos y tantos.

—¿Para qué te quiere Kennedy?

—Le quiero yo a él, que es distinto. Durante meses he estado intentando que me hiciera una declaración exclusiva del Vietnam, y ahora tiene algo muy importante que decirme, algo que me puede convertir por unos días en el periodista más leído del país. Por eso me interesa que no se me escape.

—¿Qué hace en De Ridder el candidato a la presidencia?

—Pronunciará un discurso relacionado con su campaña electoral. Estará allí solamente un día.

Rock le dio una palmada en la espalda.

—Deja tu cacharro en el borde de la carretera, de modo que no pueda provocar ningún accidente.

Te llevaré yo.

El Jaguar era capaz de trasladarle a De Ridder en un soplo, en cuanto tomasen la carretera libre, que no estaba sujeta a tope de velocidad.

Halloran accedió.

—Antes pasaremos unos minutos por la vieja casa —dijo Rock—. Solamente para que sepan que voy.

Halloran dejó su automóvil fuera de la carretera, lo cerró, desconectó la batería y subió al Jaguar.

El poderoso motor de éste rugió cuando se puso en marcha. Enfiló la carretera como una flecha.

Halloran miraba pensativamente las manos de Rock sobre el volante, aquellas manos que seguramente habían matado, aunque eso no había podido probarse nunca con verdadera exactitud.

¿No haría lo mismo por una docena de millones de dólares? ¿No estaría en todo caso dispuesto a matar otra vez?

El *sheriff* la había dejado.

Se veía su alta silueta dirigirse a través del prado hasta el automóvil que tanto había gustado a Norma. La sensación de soledad, cuando él partió, se hizo agobiante, espantosa. Norma

estaba sola en aquella enorme casa, muchos de cuyos rincones no recordaba, pese a que durante su niñez vivió en ella. El silencio la envolvía por todas partes. Era como un manto que la fuese ahogando.

Encendió un cigarrillo con movimientos nerviosos, mientras miraba a través de la ventana.

La luz se iba haciendo cada vez más irregular, más difusa, las zonas de sombra eran ya casi negras. Un sol dorado, sin embargo, seguía rebrillando entre las copas de los árboles.

Se apartó de la ventana y se enfrentó a la tremenda, a la agobiante soledad de la casa.

Le extrañaba que sus primos no hubieran llegado aún. El que no estuviera allí a las doce de la noche, perdería sus derechos. Claro que aún faltaban tres horas, pero resultaba singular que sólo hubiera venido ella.

Dejó el cigarrillo en un cenicero y volvió a mirar en torno.

Fue entonces cuando oyó en la casa aquel grito, aquel alarido estremecedor que era como un símbolo de muerte.

CAPÍTULO II

Norma quedó como petrificada, sin atreverse a hacer un movimiento, sin saber adónde mirar siquiera.

Pero sus ojos, en contra de su voluntad, se habían fijado en un determinado punto.

Veía que el pomo de la única puerta que estaba cerrada en el vestíbulo iba girando lentamente.

Aquel movimiento parecía hipnotizarla. Sus nervios eran como cables tensos dispuestos a dispararse. La puerta se abrió entonces del todo.

Norma exhaló un suspiro de alivio, aunque la sorpresa fue tan intensa que le obligó a mantener abierta la boca, con asombro.

La que acababa de entrar era su prima Ethel.

Ethel, otra de las herederas, vestía de negro. Siempre había vestido de negro, desde que quedó viuda, a los veintidós años. Ahora debía tener unos treinta, quizá treinta y dos.

Norma la miró mientras Ethel avanzaba hacia ella, moviéndose con elegancia sobre sus altísimos tacones. Era una mujer muy hermosa, que podía volver a casarse cuando quisiera. Pero no había querido nunca. Ni dio pie para las fuertes pasiones que su cuerpo podía despertar. Era siempre algo situado más allá de este mundo. Había momentos en que esos ojos llegaban a helar la sangre.

Ethel dijo tranquilamente, como si se hubieran visto el día anterior:

—Hola, Norma.

—Hola, Ethel. Me... sorprende verte. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde hace unos minutos. He venido por el cementerio, por la parte trasera de la casa.

—No he oído el coche...

—Lo he dejado a alguna distancia de aquí. Me gusta andar. Quería recordar todo esto, ¿sabes? Al fin y al cabo hacía dos años

que no ponía los pies en este pequeño cementerio familiar donde está enterrado mi esposo.

Norma recogió con movimientos nerviosos el cigarrillo que aún seguía quemando en el cenicero.

Se lo puso en los labios otra vez e hizo un esfuerzo por tranquilizarse.

Luego susurró:

—¿Has oído ese grito?

—Sí, claro que sí.

—¿Y... qué piensas?

La recién llegada dijo con la mayor tranquilidad del mundo:

—Ha sido tía Eleonora.

—La tía Eleonora está muerta.

—Por eso mismo.

Norma hizo un gesto de impaciencia, mirando a su prima.

—Parece mentira que sean tan joven y tan bonita, Ethel. Siempre vives en un mundo aparte. Vives soñando con tus malditos espíritus.

—Los espíritus nos rodean. Forman parte de nuestro mundo.

—No digas tonterías.

Ethel sonrió despectivamente.

Fue hacia un lado del vestíbulo, donde había aún un viejo aparato de televisión. No existía razón para que no funcionase. Lo conectó y poco después apareció en la pantalla la imagen de un tipo que contaba chistes y hacía muecas.

—Esa imagen está ahí, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, claro.

Desconectó, dejando apagada la pantalla.

—¿Y ahora?

—Ahora, pues.

—Está en el aire, ¿no es cierto? Existe realmente. Podemos recogerla mediante un aparato adecuado, pero no lo hacemos. Y por el hecho de que no lo hagamos, ¿te atreves tú a decir que esa imagen no está en el aire, en torno a nosotros?

Norma dijo con voz ahogada:

—Por favor, Ethel, no me vengas ahora con fantasías. Son cosas distintas. La mejor virtud que tienen los muertos es que nos dejan en paz.

—Los muertos nos rodean y tratan de favorecernos. No son malignos, sino al contrario —susurró Ethel—. En contra de lo que la gente cree, deberíamos ponernos en contacto con ellos y pedirles consejo, puesto que saben más que nosotros. Ese grito procedía de tía Eleonora y fue seguramente el que lanzó al morir. Con él trata de avisarnos de algo.

Norma sintió que el cigarrillo resbalaba de sus dedos y caía al suelo.

Lo aplastó nerviosamente con el pie.

—Te ruego que no hablemos de eso, Ethel. Al fin y al cabo, estamos aquí por una sórdida cuestión de dinero.

—Sí, eso es cierto, en parte.

—Entonces, dejémonos de tonterías.

Ethel paseó por la estancia, mirándolo todo con curiosidad. Debía excitar —pensó Norma— los deseos de los hombres. Era alta, bien formada, llena de esa especial sensualidad que tiene la mujer madura. Le pareció extraño que no se hubiera vuelto a casar otra vez, sobre todo teniendo en cuenta que Ethel se veía forzada a vivir sin demasiados lujos.

Le vio abrir una de las puertas, la que ella había empleado para entrar. Ethel dijo suavemente:

—Ven.

Pasaron a una gran sala donde estaban los retratos de la familia. El de tía Eleonora ocupaba el sitio de honor. Había sido vanidosa, se había reservado el mejor puesto. El de su marido, que al fin y al cabo fue quien trajo la fortuna, parecía insignificante junto al de ella. El cuadro era tan bueno que tía Eleonora parecía vivir, parecía mirar a las dos mujeres.

Vestía de gris. Y llevaba, como siempre, un gran anillo camafeo en la mano derecha.

—Siempre la conocí con él —susurró Norma.

—Sí, ahí la tienes. Ahí la puedes ver, exactamente tal como era cuando murió.

—Ésa es la única verdad. Que está muerta.

Ethel rió silenciosamente.

—Pero no del todo. Su espíritu flota en la casa. Y ha tratado de avisarnos.

Norma se dispuso a contestarle algo. Se dispuso decirle que

lamentaba el que Ethel hubiera venido la primera, porque no había hecho más que sembrar inquietudes en su espíritu. Pero en ese momento oyeron el ruido de otro coche que se acercaba raudamente, frenando de una manera temeraria a dos pasos de la puerta de la casa.

Ambas mujeres se acercaron a la ventana.

—Lo imaginaba —dijo Norma.

En aquel coche alguien iba cantando. Su primo Alan estaba embriagado, como siempre.

Resultaba increíble que pudiera conducir de aquel modo. Lleno de vitalidad estaba, sin embargo, destrozando su salud a marchas forzadas, porque bebía como un pirata. Junto a él estaba su otro primo, Bates, el más viejo y el más desdichado de la familia. Cuando era apenas un muchacho, una granada, en Corea, le había destrozado parte de la garganta dejándole mudo. Desde entonces se veía obligado a escribir sus deseos, sus pensamientos. Ninguna mujer le había querido en aquellas condiciones. Era un desgraciado.

—Alan ha arrastrado a Bates —dijo Ethel calmamente—. Era de suponer, porque van juntos a todas partes. Y tan borracho se volverá uno como el otro; hala, ábreles la puerta.

—Ahora sólo falta Rock, ¿verdad?

—Y ése también vendrá, no te preocupes. Oí decir que lo habían soltado de la cárcel. Es de esos tipos que, cuando saben que pueden morder un dólar, abren automáticamente la boca.

Los dos hombres entraron cuando Norma les abrió. Alan lanzó un silbido y la borrachera se le pasó de pronto. En cuanto al mudo Bates, dirigió a las curvas de la mujer una mirada ansiosa, de fiera que no sabe si saltar o no. Era una mirada tan vehemente, que la muchacha se sintió molesta.

—Buenas noches, Alan. Buenas noches, Bates.

—Tú tan estupenda como siempre, ¿eh?

—Y tú tan borracho.

—Te confesaré un secreto: bebo para olvidarte.

Bates se limitó a saludarle con unos gruñidos guturales y le estrechó la mano de una forma efusiva, tratando de acariciarle el brazo.

Norma lo retiró enseguida.

—¿No pasáis?

—Sí, claro.

La mirada de Alan lo abarcó todo con indiferencia, es como si pensara: «Vaya caserón... Para lo único que sirve es para venderlo enseguida».

—De modo que tenemos que vivir tres noches aquí... —dijo en voz alta—. ¿Y durante el día?

—Durante el día podremos hacer lo que nos plazca. El testamento sólo habla de dormir aquí. Y necesitaremos ir a comer, entre otras cosas.

—¿Hay botellas? —preguntó Alan.

—¡Y yo qué sé!

—Mañana traeré una buena provisión. Ejem..., lo que hay que hacer ahora es distribuir los dormitorios. Yo quiero el que esté junto a Norma.

—Tú siempre tan farsante, Alan —dijo Ethel.

—Bueno, entonces, el que esté junto al tuyo. ¿Sabe que estás muy apetitosa, pese a tus treinta años? ¿Y que el luto te sienta maravillosamente bien?

—Te guardarás muy mucho de acercarte a mí. El espíritu de Frank, mi difunto marido, te lo haría pagar caro.

Alan siempre se había reído de los espíritus, y si en algo creía, era en las cualidades de ciertas marcas de *whisky*. Pero, no supo por qué, aquella frase le llegó muy adentro, se le metió en la sangre.

—Esta noche tenemos que invocar al espíritu de tío Eleonora —continuó Ethel—. Ha tratado de avisarnos de algo.

El mudo Bates hizo unos expresivos gestos, como pidiendo que a él no le fastidiaran con aquello.

—Más vale que distribuyamos los dormitorios —insistió Alan—. Se trata de pasar tres noches aquí, ¿no? Pues cojo un cajón de botellas y no lo suelto hasta que pase el plazo. Vamos, Norma, enséñanos la casa. Tú, al fin y al cabo, eras la favorita de tía Eleonora. Habías vivido aquí.

—Está bien.

Recorrieron el enorme edificio, encendiendo las luces a su paso. Había bastantes habitaciones vacías, otras llenas de cachivaches y un par que no pudieron abrir porque la llave no estaba en la cerradura. Existían al menos diez dormitorios, bien amueblados. Había acomodación suficiente para todos.

—Sólo falta Rock —dijo Norma.

—No te preocupes, ése vendrá seguro.

Se distribuyeron los dormitorios para descansar, puesto que en realidad no tenían nada que decirse. Observaron que la casa estaba llena de objetos de arte. En especial, había relojes de gran valor. Algunos eran enormes, adornados con oro y maderas finas.

—Todo esto vale una fortuna —continuó Alan—. Supongo que lo venderemos, ¿no? Bueno..., y ahora a dormir.

Sacó una botella chata de uno de los bolsillos de su americana, bebió un largo trago y se tumbó en una de las camas. Era evidente que pensaba pasar los tres días así. Las dos mujeres hicieron un gesto de asco y terminaron dejándolo solo. El mudo Bates avanzaba a saltos, procurando estar siempre detrás de Norma, para mirarle las piernas con más comodidad.

—Tú dormirás aquí, Bates —decidió Ethel.

El otro emitió un leve gruñido de conformidad.

Norma eligió un dormitorio más lejano.

—Yo aquí.

—Como quieras.

—Voy a cambiarme.

—¿Cambiarle para qué?

—Quiero estar más cómoda. He traído un maletín con varias cosas. Está en la planta baja.

Volvió allí, lo tomó y regresó a solas al dormitorio que había elegido. Ahora que en la casa estaban cuatro personas le parecía que todo era distinto, que había desaparecido en buena parte aquel clima de pesadilla que captó al entrar. Abrió el maletín y extrajo unos pantalones deportivos y un suéter. Se fue quitando toda la ropa lentamente. Sus movimientos estaban llenos de sensualidad, aunque ella no se daba cuenta. De pronto, cuando se estaba quitando las medias, le pareció oír como un leve gruñido en la habitación.

Se volvió rápidamente, con los ojos más abiertos que de costumbre, mientras le recorría un ramalazo de miedo.

De pronto, el miedo se transformó en indignación.

El mudo Bates, que había entrado en la habitación mientras ella iba en busca del maletín, trató de huir al verse descubierto. Sus ojos de maníaco brillaban como bengalas. Mientras escapaba, trató de

dar un manotazo a los muslos de la muchacha.

Ella le golpeó en la nuca con el tacón de su zapato.

Era un tacón de aluminio, capaz de perforar la cabeza de un hombre.

Bates acusó el impacto y terminó por salir disparado, mientras lanzaba un grito gutural.

Norma cerró la puerta con llave.

Estaba indignada, con los nervios a flor de piel.

Terminó de quitarse aquel liguero que tanto había obsesionado al *sheriff* y entró en el cuarto de baño. Los grifos antiguos, los mosaicos de otra época, no encajaban con el concepto que ella tenía de la higiene, pero tampoco podía elegir. Dejó que el agua de la ducha cayera durante un buen rato y luego permitió que el agua se desparramara sobre su carne. Ya más tranquila, se vistió y salió.

El pasillo de la planta superior estaba oscuro. Sólo se divisaba una lucecita en el vestíbulo.

Y el grito gutural, alucinante, la dejó otra vez paralizada, con todos los nervios en tensión, sintiendo que algo la ahogaba poco a poco.

Ethel, al pie de la escalera, estaba rígida y quieta como una estatua negra.

—¿Has oído, Norma?

—Sí, claro que lo he oído.

—Tú no me creías.

—No he dicho que no te creyera. Ese grito es el mismo que he oído antes. Pero no tiene nada que ver con el espíritu de tía Eleonora.

—Parece llegar de todos los rincones de la casa, ¿no?

—Desde luego.

—Es el segundo aviso que nos hace. Seguro que no nos hará otro. Norma, debemos invocarla.

Norma se encogió de hombros.

—Bueno, si eso te tranquiliza...

—Es necesario.

Alan y Bates habían aparecido detrás de Ethel. Estaban mudos y quietos como espectros.

Por lo visto, Alan ya no podía ni estarse en la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Ethel se volvió hacia él.

—Debemos invocar al espíritu de tía Eleonora. Ella nos lo pide. ¿Tú estás conforme?

Alan se encogió de hombros.

—Por mí como si quieres invocar al espíritu de Napoleón. ¿Hay por aquí una mesa que te sirva?

—Aquella.

Señalaba una mesa redonda que ocupaba el centro de la habitación de los retratos. Parecía hecha a propósito para aquella clase de invocaciones.

Acercaron cuatro sillas, pero Ethel indicó que debían ser cinco.

—¿Por qué?

—Es como si Rock estuviera.

—Pero no está, diablos...

—Dejemos su sitio vacío y sentémonos.

Lo hicieron en círculo en torno a la mesa, después de apagar la luz. Ya no llegaba la menor claridad a través de la ventana y una atmósfera espectral los rodeaba.

Unieron sus manos, pero quedaba un hueco, el dejado por la silla vacía.

Bates no tenía a nadie a su izquierda y Alan no tenía a nadie a su derecha.

Se oyó lentamente, como si llegara desde muy lejos de las profundidades de otro mundo, la voz de Ethel.

—Unamos nuestras manos.

Alan hipó.

Todo lo que había bebido le producía efecto ahora. Sentía unos deseos irresistibles de quedarse dormido allí mismo.

Sintió que la mano de Norma buscaba la suya. Se la estrechó. Al otro lado, Bates sintió la mano de Ethel. Le disgustó que no fuera la de Norma, cuyo recuerdo le obsesionaba. Jamás había deseado a nadie tanto como a aquella mujer. Claro que Ethel también era bonita.

Se produjo un largo silencio.

Todos estaban sumidos en sus pensamientos, todos menos Alan, a quien le faltaba poco para roncar.

—Concentrémonos —murmuró Ethel.

—¿Concentrarnos en qué?

—En el recuerdo de tía Eleonora. Todos la hemos conocido. Recordémosla como era.

—Bueno, si solamente es eso...

Permanecieron también en silencio un buen rato. Bates no pensaba en tía Eleonora que, la verdad, le tenía sin cuidado, sino en los gestos que había visto hacer a Norma cuando se quitaba las medias.

De pronto notó un leve roce, un roce muy furtivo a su lado.

En la silla vacía.

¡Había alguien a su izquierda!

Miró pero no veía nada. La oscuridad era espesa como un mar de tinta. Oyó de nuevo la voz lejana de Ethel.

—Siento que el contacto llega... Pronto, a través de nuestras manos unidas, captaremos la proximidad del gran momento. Ella está aquí... Se acerca...

Bates sentía que unas gotitas de sudor habían comenzado a perlar su frente.

Hubiera querido decir algo que interrumpiera aquello, pero no podía. Jamás su garganta rota le había parecido un defecto tan espantoso como en aquel momento.

Una mano buscó la suya.

A la izquierda.

Era una mano huesuda, larga.

Venía del lugar que habían dejado hueco, del sitio donde no podía haber nadie.

Bates se estremeció. La mano estaba helada.

—Se acerca. Su presencia benéfica empieza a ser notable en todos nosotros. Su espíritu nos ayudará en el difícil camino que hemos emprendido. Concentrémonos...

La voz de Ethel parecía llenarlo todo, llegar a un mismo tiempo desde las cuatro paredes de la habitación.

Bates palpaba aquella mano helada en contra de su voluntad. Y en uno de sus dedos notó algo.

Algo que le recordó no sabía qué, pero que de una manera instintiva le hizo encogerse. Todo su pequeño cuerpo se replegó sobre la silla. La sangre parecía no circular, como si se le hubiera helado en el fondo de las venas.

Aquella mano seca apretaba la suya. Lo hacía con fuerza, con

una terrible fuerza.

De la garganta de Bates escapó como un gruñido, como un sordo espasmo de horror. Cayó de la silla hacia un lado y se oyó un chasquido. Ethel notó que le soltaba la mano. Lanzó una exclamación, mientras ella también saltaba de la silla.

Por un momento, en la oscuridad, todos quedaron como petrificados, sin saber qué hacer.

Norma fue la primera en reaccionar. Dijo con un soplo de voz:

—Hay que encender las luces.

Se dirigió hacia el conmutador y lo pulsó. La misma claridad incierta que les había rodeado antes volvió a adueñarse de la habitación. Vieron a Ethel en pie, con la mirada aún absorta, como si estuviera viendo algo del Más Allá. A Alan, con la mandíbula hundida sobre su pecho, medio adormilado, víctima de los vapores del alcohol que empezaban a hacer efecto en él. Y a Bates caído en el suelo, con expresión aterrorizada, mirándolos a todos como si aún no creyera que seguía estando vivo.

Bates tenía la particularidad de que resultaba un tipo algo cómico y eso fue lo que restó dramatismo a la situación. Fue Ethel la que se inclinó sobre él.

—¿Qué ha sucedido?

El otro no contestó, claro. Fue Norma la que tuvo que decir:

—¿Es que no te acuerdas de que es mudo?

—Cierto. —Ethel se pasó una mano por los dos ojos—. Lo había olvidado. Pero algo le ha ocurrido. Quizá algo muy grave, desde el momento en que está así.

Bates seguía mirándolas, aterrorizado, mientras lanzaba gruñidos ininteligibles.

Estaba sucediendo con él algo muy extraño.

Al principio, cuando encendieron las luces, pareció calmarse algo, al darse cuenta de que estaba entre caras conocidas. Pero de repente, el horror había aumentado en él. Con ojos desencajados, miraba hacia algún punto impreciso de la habitación. Parecía dispuesto a huir de allí como fuese, incluso a gatas.

Ethel siguió la dirección de la mirada de aquel hombre.

Y entonces ella palideció mortalmente también.

CAPÍTULO III

Los ojos de Bates estaban clavados en un solo punto: en el retrato de tía Eleonora.

Había algo en aquel retrato que le llenaba de pánico, que le hacía pensar cosas en las que jamás hubiera querido pensar.

Sin recordar otra vez que era mudo, Ethel preguntó:

—¿Qué sucede con esa pintura?

—Más valdría que se lo preguntes a Alan —dijo Norma—. Él también ha debido notar algo.

Pero Alan tenía la mirada perdida. Se notaba que no se hubiera enterado de nada ni aún en el caso de que a su lado hubiese tomado asiento un elefante.

—¿No has notado nada, Alan?

—¿Notar? ¿Qué?

—Si hay algún motivo para lo que le está pasando a Bates.

—Ah, Bates... ¡Que se muera!

—Te estamos preguntando en serio, Alan.

—No he notado nada. Yo estaba muy tranquilo aquí ¡A mi dejadme en paz con ese cuento de los espíritus!

—Nadie te ha preguntado tu opinión —murmuró Norma—. ¿Alguien se ha sentado en esa silla que ahora está vacía?

—¿Y yo qué sé?

—Lo que ocurre es que estás borracho.

—¡Dejadme en paz!

Ethel ayudó a levantarse al pequeño Bates, cuyo cuerpo temblaba espasmódicamente.

—Vamos a llevarle a su habitación. Lo que tiene es un *shock* nervioso.

—Pero algo ha visto.

—Ver, no. Eso es imposible. Quizá alguien le ha tocado.

—¿Tía Eleonora?

—¡No digas tonterías!

—Pues entonces que nos lo escriba. ¡Sí, que nos escriba lo que ha sentido!

Alan, a pesar de estar bebido, conservaba un cierto sentido realista de la situación. Miró con desprecio a las dos mujeres.

—¿Es que no os dais cuenta? Está mirando a ese cuadro. Y mira, sobre todo, las manos y el anillo de tía Eleonora.

Las dos mujeres palidecieron.

Bates se había llevado ambas manos a la cara y se la cubría, mientras temblaba más espasmódicamente cada vez.

—Con sus gestos confirma lo que yo acabo de decir —murmuró Alan—. Está aterrorizado. ¡Ha notado que tía Eleonora se sentaba junto a él y le daba la mano!

Norma dijo con desprecio:

—¡Calla, borracho!

—Yo estaré borracho, pero vosotras estáis locas. Habéis invocado a los espíritus y ahora esta casa parece maldita. Si no estuviera en juego un vagón de dólares, me largaba de aquí. Pero ahora haré lo que antes decía. ¡Me encerraré en mi habitación abrazado a una botella!

Uniendo la acción a la palabra, se levantó y se fue hacia el piso superior. Las dos mujeres le vieron desaparecer entre las sombras como un fantasma. Luego se miraron a los ojos, como si ninguna de ellas comprendiera lo que había sucedido, pero temiendo, en cambio, alguna cosa que no se atrevían a nombrar.

—Hemos de llevarle a su habitación —sugirió Ethel—. Que vaya él solo —dijo Norma, con desprecio.

—¿Qué te ocurre con él? ¿Te ha molestado?

—¡Eso no te importa!

—Bueno, le ayudaré yo.

Tiró del hombrecillo y lo puso en pie. Hizo que se apoyara en ella para subir al piso superior. El granujilla de Bates se fue reanimando. A mitad de las escaleras, se agarraba ya como una lapa. Todos los fantasmas y todas las manos huesudas parecían haberse esfumado ya para siempre de su cerebro.

—Oye, Bates, estate quieto.

Al entrar en la habitación que le habían asignado casi lo tumbó sobre la cama.

El hombrecillo parecía sentir miedo otra vez. Miraba hacía todas partes desconfiadamente.

—Escríbenos lo que has sentido —dijo Ethel—. Hala, aunque sea un par de líneas. Queremos saber qué ha ocurrido.

—Déjale —sugirió Norma—. Yo creo que ahora no sabe ni dónde está. Será mejor que lo haga mañana.

—¿Por qué perder tiempo?

—Vamos a estar tres días aquí, ¿no? Pues no hay prisa. Y, por otra parte, de lo que escriba este yo no creo ni una palabra.

—Está bien, le dejaremos que descanse.

Las dos mujeres salieron de la habitación. Una vez en la penumbra del pasillo, se volvieron a mirar a los ojos.

—Ethel, ¿qué hacemos ahora?

—¿Qué vamos a hacer? Esperar.

—¿Y Rock?

—Es el único que falta, ¿no? Pues que venga cuando quiera. Y si no se presenta antes de las doce, mejor. Seremos cuatro a repartir, en lugar de cinco.

—Ése vendrá. ¡Menudo tipo!

—Menudos tipos somos todos —dijo Norma ásperamente—. Estamos girando en torno al dinero como las moscas en torno a una bombilla. Si viene Rock, que se apañe él solo. Yo me voy a mi habitación.

Sin decir una palabra más, se encerró en el cuarto que había elegido. La ducha aún goteaba. Su «tac-tac»

resultaba espectral en el silencio casi angustioso que la rodeaba.

Se dejó caer en una de las butacas, alzó las piernas y las apoyó en el borde de la cama.

Su figura de carnes prietas resultaba tentadora.

Los pantalones de fina tela se ceñían a sus piernas como si fueran una segunda piel.

Miró sus prendas íntimas esparcidas por el suelo, mientras pensaba en lo hermoso que sería poder dormir como los otros, cerrando los ojos. Pero ella no sabía lo que era aquello. No los había podido cerrar jamás desde que nació. Los músculos de sus párpados, atrofiados, no respondían al impulso de la voluntad. Claro que ella dormía bien siempre y cuando en torno suyo no hubiera luz. A

veces se envolvía los ojos con una media negra.

Ahora se sentía muy cansada.

Apagó la lámpara y quedó quieta en la butaca, con la mirada perdida. En realidad, para ella, eso era como estar durmiendo. El silencio la fue penetrando poco a poco. En la casa no se oía un susurro, no parecía moverse ni un pliegue de los cortinajes.

¿Cuánto tiempo transcurrió así? ¿Horas o quizá minutos tan sólo? ¿Qué sentido tenía el tiempo en aquella casa donde todo parecía haberse inmovilizado para siempre?

De pronto el silencio fue roto por un susurro sutil, extremadamente suave.

Era como un roce.

Como si alguien, al andar, arrastrase por los suelos una falda muy larga.

Norma hizo un gesto patético con la cara. El sonido llegaba hasta ella cada vez con más claridad.

Diríase que ahora estaba delante de la puerta.

Le hubiera significado un gran alivio cerrar los ojos. Hacer como cualquier otra persona.

Aislarse de todo.

Pero le era imposible. No podía cerrarlos. ¡Sus ojos tenían que estar espantosamente abiertos para siempre!

Maquinalmente se dirigió hacia la puerta.

Tiró de ella. Un rectángulo lleno de sombras, pero donde al mismo tiempo se insinuaba una cierta claridad, se dibujó ante sus ojos. Por las dos grandes ventanas que había en el piso superior penetraba la leve luz de las estrellas. Fue eso lo que le permitió ver aquella figura.

Era alta, rígida.

Se movía hacia adelante como un gran muñeco mecánico.

Llevaba unos ropajes que le llegaban hasta los pies, y parte de los cuales arrastraba. Era aquello lo que producía el leve rumor que oyó antes. Aquella figura se dirigía hacia el otro extremo del pasillo, pero había momentos en que daba la sensación de flotar por completo en el aire.

Norma estaba como hipnotizada.

Salió poco a poco, cerrando la puerta de su habitación.

No produjo ni un chasquido, ni un rumor.

También ella parecía flotar en el aire.

Bates estaba tendido en la cama.

Se sentía muy solo. En realidad siempre lo había estado, desde que aquella maldita herida de guerra le convirtió en un hombre que no se podía comunicar con los demás. A su cuerpo esmirriado y a su fortuna más bien floja se unía aquel defecto, de modo que las mujeres le miraban por encima del hombro. Sí, la soledad había sido la gran pesadilla de su vida.

Pero ahora, sintiendo cerca a aquellas dos bellezas, aún la sentía mucho más.

No podía olvidar a Norma, vestida solamente con sus prendas íntimas.

Ni podía evitar sentir aún el contacto de Ethel mientras le ayudaba a subir por las escaleras.

Ethel tenía el cuerpo duro y firme como el de una muchacha. Bates había deseado a sus dos primas desde que ellas empezaron a ser mujeres. Pero ahora sentía por ambas verdadera obsesión.

¿Por qué no habían de hacerle caso? Ya no eran unas niñas, ya no debían tener manías. Quizá si probara suerte con Ethel... Ella, a pesar de los espíritus y de todas esas zarandajas, debía sentir como él el peso agobiante de la soledad.

De pronto en sus ojos brilló una chispita de esperanza.

Acababa de oír un crujido junto a la puerta. El pomo empezó a girar poco a poco.

Bates alzó la cabeza.

Veía con una relativa claridad, gracias a su ventana con la persiana alzada.

Una figura se recortó en el umbral.

Era una figura de mujer.

Pero...

¿Pero qué era aquello? ¿Qué estaban viendo sus ojos? ¿Qué extraña pesadilla avanzaba hacia él?

Trató de moverse. Pero el terror le paralizaba, lo mantenía pegado a la cama.

Bastantes años antes, cuando luchaba en Corea, tenía una agilidad a prueba de bayoneta. Pero el tiempo había pasado, y cada vez se movía peor. Además ahora los músculos no le respondían de ninguna manera. Un silencioso horror lo dominaba. Sus manos

arañaron inútilmente el cobertor del lecho.

No podía creer aquello.

Hubiera querido gritar, pedir auxilio, pero su pobre garganta rota no se lo permitía.

Sólo cuando vio que el largo cuchillo se alzaba sobre sus ojos lanzó un débil estertor, un sonido que no llegó a atravesar las paredes de la habitación.

El puñal se clavó en su cuello, donde ya estaban las viejas cicatrices de la metralla.

Se lo segó por completo.

La sangre saltó con tanta violencia que llegó hasta la cabecera de la cama.

CAPÍTULO IV

Fue Alan el que lo descubrió minutos después. Alan tenía ese especial espíritu de solidaridad de los borrachos. Quería que todo el mundo se sintiera feliz como él, a base de empinar el codo.

Con la botella en la mano, se acercó a la puerta de su silencioso primo.

—¡Eh, Bates!

No obtuvo ninguna respuesta, claro. Se pasó una mano por los ojos.

—Nunca me acuerdo de que ese tipo quedó mudo. —Y en voz alta—: ¡Eh, tú, Bates, que me da dolor cabeza de tanto hablar! ¡Voy a entrar en tu habitación para invitarte a un trago! ¡De modo que si estás en calzoncillos tápate para que no me den tanta envidia tus apolíneas piernas!

Como el otro ni siquiera le contestaba con un gruñido, entró.

La leve luz de las estrellas, entrando por la ventana, bastaba para iluminar confusamente la escena.

Y lo que vio Alan le hizo lanzar un respingo. En el primer momento pensó que estaba muy borracho, más de lo que él creía. Pero cuando encendió la luz se convenció de la espantosa realidad.

Bates había sido degollado. Su pequeño cuerpo yacía en la cama, en medio de un mar de sangre.

Le habían cortado la yugular, y Bates, sencillamente, se estaba bañando en su propio plasma.

Alan, tembloroso, se acercó a él.

La botella resbaló de sus dedos y se hizo añicos. El licor se mezcló con la sangre, lo que le hizo sentir náuseas.

Apoyándose en la pared, sacó buena parte de lo que tenía en su estómago. Unas arcadas violentas le hacían contraerse. Estuvo casi cinco minutos así, sintiendo que las fuerzas le abandonaban.

Al fin se rehízo. Una especie de gruñido partió de su garganta.

Salió al pasillo, desde donde ya debían haberle oído, porque allí estaban Ethel y Norma.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué demonios te pasa, Alan?

Él señaló hacia la puerta. No tenía fuerzas ni para hablar.

Las dos mujeres entraron, o mejor dicho, se detuvieron en el umbral. Una palidez cerúlea cubrió sus facciones.

Ninguna de ellas pareció saber qué decir. No fueron ni capaces de lanzar un grito. En torno a sus figuras se hizo un silencio tan espeso como el que había imperado antes, silencio que fue roto de repente por el chasquido de la puerta exterior.

Alguien había llegado. Todos miraran hacia abajo, por el borde de la elegante barandilla. Dos figuras se recortaban en el vestíbulo, a la luz de los faros de un coche.

Una de aquellas figuras correspondía a Rock Deville. La otra, también alta y atlética, era de un desconocido.

Rock masculló:

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí?

—Rock... Creí que no llegarías. —Era Ethel la que le había contestado—. Nunca me he alegrado tanto de verte, de verdad... ¿Puedes subir?

—Pues claro. ¿Y a qué viene tanta amabilidad? Normalmente la familia siempre me habéis dado siete patadas. ¿Qué pasa ahora?

—No es momento de discutir. Por favor, sube.

Rock lo hizo.

Halloran le siguió.

Los dos quedaron como petrificados al contemplar la escena.

Rock, sobre todo, estaba lívido.

—Pero si es Bates... ¡Infiernos! ¿Quién ha hecho eso con él?

—No lo sabemos.

—¡Acaban de matarle!

—Sí.

—Y degollándole...

—Sí.

—¡Sí, sí! ¿Es que no sabéis decir otra cosa? ¡Maldita sea! ¡He visto muchos fiambres en mi vida, pero éste es de los más repugnantes! ¿Qué pasa aquí?

—¡No lo sabemos! ¿Cómo quieres que te lo diga? ¡No lo

sabemos!

Norma estaba a punto de sollozar. Vio que aquel hombre alto y joven avanzaba hacia el cadáver, examinándolo con ojos críticos.

Balbució:

—¿Quién es?

—Es Halloran, un periodista que me ayudó en un momento difícil. Tenía que llevarle hasta la frontera, pero estamos de mala pata. Él ha pinchado; a mí se me ha estropeado la bomba del aceite.

He tenido que ir a buscarla haciendo auto-*stop* hasta ocho millas de aquí.

Ethel balbució:

—¿O sea que nadie te vigilaba hace un rato?

—No. Mi amigo se ha quedado junto al «Jaguar», mientras yo iba a buscar la bomba. Pero ahora que me doy cuenta... ¿qué infiernos quieres insinuar?

—Na... nada.

—¿Pretendes decir que yo tengo algo que ver con esto?

—No... Claro que no.

Halloran dejó de mirar el cadáver. Se volvió hacia la puerta, saliendo de allí.

En el pasillo, sus ojos miraron pensativamente algo que había en el suelo.

—¿Qué es esto?

—¿El qué?

—Ese leve rastro en el polvo, como si hubieran arrastrado el borde de un trapo por él.

—Pues... no sabemos.

—Yo sí —dijo Norma—. Es el borde de un vestido demasiado largo.

Todos la miraron con curiosidad. En los ojos de Ethel había angustia. Murmuró:

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la he visto a ella.

—¡Eso es ridículo!

—¿Sabes a quién me refiero?

—Claro que sí, pero es imposible.

—¿Imposible? ¿No invocabas tú su espíritu?

—El espíritu es una cosa, y las figuras físicas que dejan huellas

en el polvo son otra muy distinta.

Halloran masculló:

—¿De qué hablan? O mejor dicho, ¿de quién?

—Nosotras nos entendemos.

—Está bien. Si es un secreto... pero observen bien. Aquí tenemos también las huellas de unos pies. ¡Las huellas de unos pies descalzos!

Se inclinó sobre el suelo, hasta poner los ojos a muy poca distancia de aquellas marcas en el polvo. Parecían contar algo con la mayor precisión. De pronto sus facciones fueron palideciendo también.

—Parece absurdo —musitó.

—¿Absurdo qué...?

—Uno de esos pies descalzos que se marcan en el polvo —dijo tranquilamente— tienen seis dedos.

—Hay personas que tienen ese defecto —explicó Halloran—. Stalin, cuyo padre era alcohólico, lo tenía. Claro que a mí esa huella me recuerda algo, algo que de momento no puedo precisar.

Estaban en el vestíbulo, reunidos en un diván de forma circular. Alan había sacado una botella de su coche. El licor acababa de conseguir que todos los rostros recobraran un poco su color normal.

Halloran chascó dos dedos de pronto.

—¡Ya sé! Es un caso antiguo. Aquí se habían cometido unos crímenes hace años...

Por la expresión de todos, comprendió que no le entendían.

—¿No estaban aquí?

—Ninguno de nosotros vivía en esta casa —dijo Rock.

—A tía Eleonora le gustaba estar sola. Ella era la dueña y señora de todo esto.

—La única que vivió en esta casa fui yo —dijo Norma—, pero en mi niñez. Luego me fui. Todas las historias relacionadas con esta comarca son algo para mí muy remoto.

Halloran volvió a chascar dos dedos con un gesto de preocupación.

—Hay que avisar a la policía decidió.

—Oye, tú —masculló Rock—. ¿Y tú reportaje?

—Es cierto... Diablo, lo había olvidado.

—Para ti depende mucho de eso. Nada menos que Robert

Kennedy... ¿Sabes que puede ser el futuro presidente de los Estados Unidos?

—Yo creo que lo será. O al menos lo deseo —dijo Halloran.

—¿De qué quiere hablarte?

—De un informe secreto sobre Vietnam del Sur. De las inmundicias del mercado negro y de la prostitución, en los que están envueltos algunos generales norteamericanos.

—¡Muchacho, eso es dinamita! ¡No puedes perdértelo!

—Aún tengo tiempo si llego mañana antes del mediodía —dijo reflexivamente Halloran—. No lo comprendo. Lo que acaba de suceder ha hecho que me olvidara de todo.

Descolgó el teléfono, que estaba cerca, en una mesita, al alcance de su mano.

—Aún debe funcionar, ¿no?

—Al menos no hay razón para que lo hayan cortado. Los recibos van al banco.

El teléfono, en efecto, funcionaba. Pidió comunicación con el *sheriff* del condado, el mismo que había traído a Norma allí horas antes. Al *sheriff* hubo que sacarle de la cama.

Quedó como paralizado al saber lo que ocurría.

—Infiernos, no puede ser. Pero resulta curioso. Todo coincide.

—¿Coincidir? ¿Qué?

—Me ha llamado el comisario Murdock, de Nueva Orleans. Él llevó hace tiempo un caso que aún no está cerrado. Los «crímenes de los seis dedos», como la gente los llamaba.

Halloran se estremeció.

—Siga.

—Bueno, parece que hay algo nuevo en ese asunto. Murdock va a venir de un momento a otro.

—Comprendo.

—Prefiero que él haga las primeras investigaciones, ya que los dos casos parecen relacionados.

Les enviaré un agente y yo esperaré a que venga Murdock.

—De acuerdo.

Norma, que escuchaba por un teléfono auxiliar, le hizo una seña negativa. Halloran, antes de colgar, tapó el micro y le preguntó en voz alta:

—¿Qué sucede?

—Lo que dice no puede ser.

—No puede ser, ¿el qué?

—Lo de enviar un agente. Y en cuanto al *sheriff* y ese comisario de Nueva Orleans, debemos hacer lo imposible para que no lleguen hasta mañana por la mañana.

—¿Por qué? No la entiendo.

—¿Le ha explicado Rock algo de ese testamento?

—Sí, pero.

—Hay un punto esencial. La noche debemos pasarla solos. Hasta usted tendrá que irse. No quiero que luego un juez demasiado escrupuloso declare que la obligación no ha sido cumplida y se niegue a repartir la herencia. Sería un desastre para nosotros. Cuéntele eso al *sheriff*. Yo se lo expliqué también mientras veníamos hacia aquí.

Halloran hizo un gesto afirmativo.

Destapó el micro y habló con el *sheriff* largo rato. Le costó trabajo convencerle de que llegar a la mañana siguiente no era faltar a su deber. Al fin el *sheriff* masculló que esperaría solamente hasta que llegara el comisario Murdock.

Halloran colgó.

—Van a estar solos —dijo—. Se salió usted con la suya, señorita Norma.

—Yo no. Es ella la que se ha salido con la suya.

—¿Ella?

—La que ha matado a Bates.

Ethel sufrió como un espasmo de horror. Bruscamente se llevó ambas manos a la cara.

—¡Por favor, no hables así! ¡No hables así!

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Norma con acritud—. Insisto en esto: ¿no eres tú la que ha invocado su espíritu?

—Los espíritus no matan.

—¡Pues entonces déjalos en paz!

Halloran se puso en pie, mientras su mirada paseaba por encima de las curvas que delataban el ceñido equipo de vestir de Norma.

—Creo que ustedes necesitarán estar solos —dijo—. Éstos son asuntos de familia. ¿Podría dormir en algún sitio? Estoy demasiado cansado para conducir ahora.

—Sí —dijo Norma—. Hay un pabellón en el jardín. Antes

dormían allí algunos de los criados.

Para pasar una noche creo que le resultará bastante cómodo. Pero recuerde que no puede acercarse a la casa hasta que salga el sol.

—Lo recordaré.

—Voy a acompañarle.

Salieron los dos. Norma caminaba entre las sombras con agilidad de bailarina. Pronto distinguieron entre la espesura del jardín una especie de mancha blanca que era la fachada del pabellón.

Se detuvieron ante la puerta.

—¿Hay teléfono? —preguntó Halloran.

—Sí, siempre lo hubo.

—Se acuerda usted de bastantes detalles de esta casa...

—Ya le he dicho que viví aquí siendo una niña. Pero no me acuerdo de todo, ni mucho menos. El tiempo no perdona.

—¿Cuántos años tiene, Norma?

—Hoy hago veintiuno.

—Es cierto, había olvidado lo que me contó Rock: que la reunión empezaba hoy porque usted llegaba en esta fecha a la mayoría de edad. Es la más joven de todos; sólo usted faltaba para poder iniciar el reparto de la herencia.

—Sí.

Se miraron fijamente a los ojos. Ahora había brotado una luna en cuarto creciente que los iluminaba mejor. Las formas de Norma aún eran más sugestivas, más tentadoras, en aquella especie de lechosa penumbra.

Ella dijo al fin:

—Buenas noches, señor Halloran. De verdad le deseo muy felices sueños.

—Norma.

Ella, que ya iba a alejarse, se volvió.

—¿Qué?

—¿Puedo decirle que es muy bonita?

—¿Tiene usted esa costumbre, señor Halloran?

—No. Pero no puedo evitarla con algunas mujeres. Con algunas mujeres como usted.

Ella hizo un mohín.

—Gracias por el cumplido.

—¿Qué opina de los hombres, Norma?

—Me gustan —reconoció ella francamente.

—¿Los ha habido en su vida?

—Eso es asunto mío. ¿Quizá esto forma parte de una investigación, Halloran?

—No, claro que no. Perdone.

Ella se colocó de perfil, haciendo que su busto se recortara más agresivo; más poderoso.

—Siento no poder quedarme —dijo, también con toda tranquilidad—. Ya sabe que debo pasar la noche junto a éstos.

Halloran tragó saliva.

Aquella mujer le desconcertaba, le traía al pensamiento cosas que quizá ninguna otra mujer le había sugerido hasta ahora.

—Yo también lo siento —dijo fríamente—. Estoy casado.

—Y lo dice ahora...

—Cualquier momento es malo para confesar eso —reconoció Halloran.

Ella rió. Parecía haberse olvidado por unos momentos del ambiente de pesadilla que les rodeaba.

—Entonces pon un «RIP» a tus ilusiones —murmuró—. Los casados no sois mi tipo.

Y se alejó sinuosamente, hasta perderse entre las sombras.

Él la siguió con la mirada durante unos momentos, pensando algo que no sabía cómo definir.

Al fin entró en la casa. Era sencilla, pero tenía todo lo necesario. Lo único que sobraba eran las telarañas y el polvo. La luz funcionaba y había teléfono. Lo descolgó. Su figura atlética se recortaba ante las paredes blancas, hacía más pequeños los muebles que durante varios años no había rozado nadie.

—Conferencia a larga distancia —pidió, cuando le atendieron—. Quiero hablar con Montgomery, Alabama.

—Número, por favor.

Él lo dio y esperó unos momentos. Una especie de tensión le dominaba. No se daba cuenta, pero la mano con que oprimía el auricular se había vuelto blanca.

De pronto escuchó una voz de mujer. Era una voz cansada, que parecía llegar desde muy lejos.

—Dígame...

—Alma... Soy Bob.

La voz cambió de pronto. Sonó con una entonación casi dramática.

—¡Bob!

—Te hablo desde Luisiana. He tenido una serie de percances, pero te he llamado para que sepas que sigo con la misma idea. Debes preparar la contestación a la demanda de divorcio.

La voz de la mujer llegó otra vez remota, leve, denotando una terrible fatiga.

—Bob, yo quiero que sepas otra cosa. Quiero que sepas que me mataré... Me mataré esta misma noche.

SEGUNDA NOCHE

CAPÍTULO V

El tocadiscos automático desgranaba una canción que pocos años antes había hecho furor, pero ahora casi nadie la escuchaba. Sólo Alan permanecía absorto ante el vaso, con los oídos atentos.

Norma desconectó el tocadiscos e hizo un gesto de hastío.

Alan miró de soslayo los coches último modelo que se detenían ante el hotel.

Murdock apareció de nuevo.

Era alto, fuerte. No se notaba ningún signo de decadencia en él, a pesar de sus cuarenta años.

Sólo su rostro parecía algo duro, tal vez porque el hampa de Nueva Orleans exigía aquello.

—Llevan todo el día aquí —dijo.

Estaban todos, en efecto. Habían ocupado aquel rincón en exclusiva durante todo el día.

Comiendo, bebiendo, fumando. Había paquetes de cigarrillos por todas partes. Alan no conseguía emborracharse, pese a haber bebido como un cosaco. Rock tenía los ojos cerrados. Norma y Ethel sostenían, curiosamente, entre los labios, un cigarrillo sin encender.

Murdock señaló hacia el exterior, donde ya estaban empezando a insinuarse las sombras del anochecer.

—¿Van a quedarse más?

Norma se encogió de hombros.

La carretera había estado muy concurrida, pese a ser día laborable. Tipos panzudos que estrenaban esposa, tipos panzudos que estrenaban secretaria. Todo parecía darle asco.

Hizo una mueca de hastío y murmuró, mirando a Murdock.

—¿Alguno de nosotros ha de considerarse detenido?

—La verdad es que no tienen coartada —dijo Murdock encogiéndose de hombros—. Ninguno absolutamente la tiene. Pero tampoco tengo pruebas en contra, de modo que no les detendré.

Encendió a su vez un cigarrillo.

—¿Qué van a hacer?

—Nos sentimos bien aquí —dijo Alan—. Yo no volvería a aquella maldita casa por nada del mundo.

—Por nada del mundo desde luego que no, pero por unos cuantos millones de dólares desde luego que sí —dijo mordazmente Ethel.

—Calla... ¿Y tú con tus espíritus, qué?

Murdock cortó la discusión con un gesto.

—Encontrarán aquello algo cambiado.

—¿Por qué?

—Lo hemos registrado todo. Lo que se dice de patas arriba, ¿entienden? Búsqueda de puertas falsas, de pasillos, de huellas. Y parece absurdo, pero yo diría que pasó alguien como la persona que me ha descrito Norma.

La muchacha se puso en pie.

—Más vale que no hablemos de tía Eleonora. Bueno, hemos de volver allá, ¿no? O el dinero se esfuma. Deje que cada uno mastique su propio horror, comisario. Pero le juro una cosa, y es que nadie gastará parte de su herencia en llevar flores a la tumba de esa maldita vieja.

Murdock chascó los dedos.

—¿Por qué dice eso?

—¿Y por qué no he de decirlo?

—La vieja no tiene tumba. Desapareció, ¿no lo recuerda? Se esfumó por los aires. Así..., ¡puf!

Alan terminó el contenido de su vaso.

—Me revienta todo eso, no se lo puede imaginar. Pero, en fin, vamos allá. Usted..., ¿usted dónde se situará, comisario?

—En el pabellón donde anoche durmió Halloran. De ese modo, si hay alguna alarma, puedo llegar enseguida.

—Es absurdo todo esto ¿no?

—¿Absurdo? He conocido condiciones peores en las herencias. Que si tienes que subvencionar una clínica para que sean atendidos allí los gatos blancos de la ciudad, pero sólo los blancos. Que si tienes que llevar coronas a mi tumba durante cinco años. Que si tienes que cortarte el pelo al cero.

Que si tienes que peregrinar a La Meca. Lo de ustedes es poca

cosa. Incluso resultaría divertido si no fuera por ese crimen.

Ethel también se puso en pie.

—Pues entonces vamos a divertirnos, comisario.

En un gran patrullero de la policía volvieron a la casa. Conducía Murdock y los otros cuatro cabían cómodamente. Norma, que ya no llevaba pantalones, se acariciaba las rodillas. Murdock, que sólo miraba por el retrovisor, estuvo a punto de despistarse un par de veces.

La casa, a las primeras sombras del anochecer, les pareció más siniestra que la primera vez.

Quizá era a causa de que ya sabían que allí se había cometido un crimen.

Tal vez alguien —concretamente Ethel— pensaba en los espíritus que poblaban aquellas paredes.

Rock era el más animado. Lanzó con dos dedos, disparándola, una colilla por la ventana.

—Buena choza, ¿eh? Y a repartir entre cuatro.

—¿Qué harás con tu parte?

—¿Yo? Por lo que se refiere a esa casa, vender. Venderé apenas me metan el permiso en el bolsillo. Y supongo que todos vosotros estaréis pensando lo mismo.

—Yo, sí —dijo Norma.

—Pues a mí me sabrá mal —susurró Ethel.

—No te preocupes. Los espíritus van comprendidos en el mobiliario.

—Pero las tumbas, no.

Rock arrugó la nariz.

—Tienes razón. Ya no me acordaba de que tu amado Frank está enterrado allí. La última reliquia de cuando en las grandes mansiones del Sur aún permitían hacer las inhumaciones familiares.

—Los cementerios siempre se respetan —dijo Murdock—. Aunque vendan la casa, pueden conservarlo. O hacer un traslado.

Frenó.

Nadie parecía tener ganas de descender, por lo que permanecieron largo tiempo mirando en silencio la casa.

Rock se apeó al fin.

—Bueno, tenéis que darme la mejor cama, ¿eh? Esta noche pasada he estado en vela, pero ya no quiero repetirlo. Supongo que

quedan habitaciones.

—Sobran.

Paseó por el prado, dando puntapiés a la hierba.

—Esto no se parece en nada al patio de la cárcel, ¿eh? Bueno, no hay motivo para que no me sienta a gusto aquí. Además, yo no tengo por qué tener miedo. Yo ni siquiera conocía a la vieja.

—Habla con más respeto de tía Eleonora —pidió Ethel—. Al fin y al cabo te convertirá en millonario. ¿Pero es cierto eso de que no llegaste a conocerla?

—No... Yo era el bala perdida, el maldito de la familia. Nunca me quiso aquí. Para que me pueda empanar bien de qué cara tenía, me podéis enseñar su retrato. Creo que hay uno, ¿verdad?

—Sí.

La voz de Norma había dado la respuesta. Pero temblaba extrañamente, como si detrás de aquella palabra hubiera algo en lo que no se atreviera ni a pensar.

De pronto miró en torno suyo, notando un cambio.

Pudo ver que Murdock había desaparecido. Verdaderamente, aquel comisario se movía como un auténtico fantasma.

—Es discreto —dijo Rock—. Ya se ha largado. Así me gustan los comisarios. Todos..., ¡buf!, fuera...

Entraron de nuevo en la casa, que no estaba patas arriba como había dicho Murdock. Los expertos habían trabajado con gran cuidado. Aparentemente, todo se encontraba igual.

Rock distinguió la mesa de billar dos estancias más allá. Emitió un gruñido.

—¿Cómo no me había fijado yo antes en esa maravilla?

—Porque cuando llegaste había un muerto. Y un muerto es más importante que una mesa de billar.

—¿Sabéis que soy campeón a tres bandas?

—Tú eres campeón de todo lo que no sea trabajar.

Él chascó los labios con desprecio.

—Mujeres... ¡Siempre criticando! Voy a dormir un rato en esa butaca. Luego haré unas carambolas, cuando esto esté tranquilo.

—¿No quieres ver antes el retrato de tía Eleonora?

—Ah, sí, claro... Había llegado a olvidarlo.

Lo llevaron a la sala donde estaba aquel retrato y todos los demás. Rock arrugó la nariz, porque entre las muchas cosas que

despreciaba figuraban las antiguallas.

—Ese anillo... Vaya mal gusto...

—Es un camafeo.

—Como si quiere ser la rueda de una apisonadora. ¡Bonito tamaño! Y en cuanto a su cara..., ¿qué os puedo decir? Tenía aspecto de una zorra fracasada, la pobre.

Esta vez hasta el borrachón de Alan se creyó en la obligación de intervenir.

—Oye, Rock, más respeto.

—Bien, ya veo que vosotros sois de otra época, como ella, Me voy a dormir un rato en la butaca.

Vosotros haced lo que os dé la gana, mientras no me molestéis.

Salió de la sala y se tumbó en una de las butacas del vestíbulo. Momentos después roncaba ruidosamente.

—Esta clase de tipos duermen en cualquier sitio. Nunca he conseguido entenderlos.

Ethel le miró con desprecio.

—Piensa que ayer condujo durante todo el día. Y que no pegó ojo en toda la noche.

—Yo tampoco.

—Pero hay una diferencia: tú tienes miedo y él no.

Ethel miró fijamente a Norma, que era la que le había dicho aquellas últimas palabras.

—Tonterías, yo no tengo miedo. Pero aquí hay algo que no liga, porque los espíritus son benéficos. No buscan el crimen, como el que ha ocurrido aquí la noche pasada. Es lo que no entiendo.

Norma se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras. Yo voy a dormir.

—Será lo mejor. Yo, también.

Alan bostezó, mientras de uno de sus bolsillos surgía otra botella chata.

—Es lo mejor que podemos hacer. ¿Para qué esperar? Ya sólo quedan dos noches. Y con las puertas bien cerradas no hay miedo de que le ocurra nada a uno.

Se dirigieron al piso superior, dejando solo a Rock. Éste no se enteró. Dormía tan apaciblemente que no se hubiera enterado ni de un duelo de artillería sobre su cabeza.

Despertó cuando debían haber transcurrido unas cuatro horas,

tal vez cinco.

La cabeza le zumbaba y aún tenía sueño. No comprendía por qué demonios se había despertado.

Él era de esos tipos sin complicaciones morales que viven al minuto y que duermen todo lo que el cuerpo pide.

Si se había despertado, era por algo. Su fino instinto de hombre que vive alerta había captado algo que por el momento no era capaz de definir. Pero pronto lo descubrió.

Era aquella luz.

Aquella luz muy concentrada sobre la mesa de billar, dos habitaciones más allá y que antes, según recordaba perfectamente, no estaba encendida.

Quizá la habían dejado así los otros, pero eso no era fácil. A él le hubiera llamado la atención antes.

Llegó a la conclusión de que aquella en lámpara acababa de encenderse y entonces se puso en pie.

Avanzó hacia allí.

Aún le parecía estar medio dormido. El color verde del tapete le atraía como una llamada.

Las bolas estaban sobre él, cubiertas de polvo. No se habían movido quizá en muchos años.

Y de pronto una de ellas se movió.

Era la que estaba más al borde de la mesa. La luz excesivamente concentrada apenas llegaba a iluminarla.

Una mano la retiró velozmente, desapareciendo. Rock no lo evitó, porque estaba asombrado y porque no esperaba aquello. Además, ¿qué le importaba a él una bola de billar? Pero, en cambio, lo que le importó fue la mano.

Parpadeó.

No estaba seguro. No. Aquello tenía que ser un engaño de sus sentidos, una especie de sueño.

Encendiendo las luces, volvió a la sala de los retratos. Y entonces miró el de tía Eleonora.

Sintió frío en la espalda. Un frío que le llegaba hasta los mismísimos tobillos.

Aquella mano con el camafeo. ¡Aquella misma mano era la que acababa de ver!

¡Era aquella mano la que acababa de retirar la bola de billar de

la mesa!

Rock Deville se pasó una mano por los ojos, frotándolos enérgicamente, para alejar la menor posibilidad de que aún estuviera medio dormido.

Volvió entonces a la sala de billar, mientras la mano derecha descansaba sobre la funda axilar donde llevaba una pequeña Browning con ocho balas de punta endurecida.

Bromas a él, no. Siempre se había ganado la vida aterrorizando a los otros. Estaría bueno que ahora alguien quisiera invertir los papeles.

Pero en la sala ya no se veía a nadie.

Rock produjo un chasquido con la lengua y dudó por un momento si llamar al policía, el que estaba en el pabellón. Pero él siempre se había fiado muy poco de la bofia. Además, qué cuerno iba a contarle.

Si alguien puede pensar que en ese momento Rock Deville tenía miedo, se equivoca.

Lo único que sentía era una intensa curiosidad. Encendió todas las luces de la sala y vio que allí ya no había nadie. Pero, sin embargo, algunos indicios reveladores le indicaban el paso de una persona.

Sobre el polvo que no se había quitado en muchos años, se marcaban las huellas de unos pies.

Aquellas huellas, en las que Rock no se fijó con demasiado detalle, llegaban hasta la puerta cerrada que había enfrente de la mesa.

El gánster avanzó hacia allí.

Abrió la puerta bruscamente, llevando la Browning por delante, y se encontró en unas grandes escaleras que llevaban a otra parte del piso superior. Él no conocía aquella parte de la casa. Se trataba, sin duda, de unas escaleras de servicio, pero solemnes y bien construidas. Las huellas ascendían y seguían marcándose en el polvo que se había acumulado en los peldaños.

Rock subió también.

Veía dos puertas arriba, por debajo de una de las cuales se filtraba una rendija de luz.

Era extraño.

Rock llegó arriba, llenó los pulmones de aire y abrió

bruscamente.

Si tenía que cargarse a alguien, peor para ese alguien. Y un juicio y unas cuantas marrullerías legales más ¿qué importaban?

En el umbral de la puerta se detuvo.

Hay momentos en que el sudor lívido brota a raudales, en que todos los poros se abren, en que el organismo se convierte en una especie de máquina loca donde nada funciona.

¿De quién era aquella execrable cara? ¿Y aquellos ojos?

¿Quién era *ella*?

No tuvo fuerzas ni para disparar. Sintió que el dedo índice se le había agarrotado.

Lo único que pudo hacer fue dar un paso atrás, salir de la habitación mientras sus facciones se volvían tan blancas como las de un cadáver.

Vio el cuchillo.

Aquella figura espectral avanzaba hacia él a grandes zancadas, pero rígidamente, como un muñeco mecánico.

Rock había salido de mil peligros y creía que nada en el mundo le asustaba. Pero lo único que consiguió balbucir, como si fuera un niño, como si no supiera defenderse fue:

—¡Nooooo!

El cuchillo penetró en su corazón, de abajo a arriba, penetrando hasta el fondo. Fue un golpe maestro. Fue el golpe de alguien que sabe matar.

Y la cuchillada se repitió. En aquel momento se abría bruscamente abajo la puerta que comunicaba con la sala de billar.

—¡Rock...!

Aquella figura de pesadilla desapareció instantáneamente.

Rock Deville giró sobre sí mismo, mientras se llevaba las manos al pecho.

Su corpulento cuerpo se apoyó en la barandilla. Su rostro reflejaba dolor y angustia pero, sobre todo, un indecible asombro.

La barandilla cedió. Rock Deville, el expresidiario, cayó estrepitosamente a la planta inferior.

El hombre que le había llamado unos segundos antes, el que acababa de entrar en el recinto, casi lo recogió en sus brazos.

Era Halloran.

Con las facciones desencajadas, miró el rostro del muerto.

Porque Rock Deville era ya un cadáver. Nada se podía hacer por él.

Las dos cuchilladas, de una precisión sorprendente, le habían atravesado el corazón.

Halloran sintió el deseo casi irrefrenable de subir y ver lo que había tras aquella puerta, en la habitación iluminada, pero le detuvo durante unos instantes ese sentimiento que domina a todas las personas en casos similares: quería convencerse absolutamente de que Rock era un cadáver, de que ya nada podía hacer por él. Y en aquel momento notó algo arriba.

La luz de aquella habitación se había apagado.

La puerta oscilaba poco a poco, produciendo como un leve chirrido, a causa tal vez de la corriente de aire provocada por una ventana abierta.

Halloran sintió que se le contraía la garganta.

Y se puso en pie.

Poco a poco, con una lentitud que a él mismo le crispaba los nervios, fue subiendo los peldaños.

CAPÍTULO VI

Cuando estaba casi arriba, la misma puerta por la que él había entrado poco antes se abrió bruscamente.

La figura de Alan apareció en el umbral.

—¡Halloran! ¿Qué hace aquí?

De pronto vio el cadáver de Rock Deville. Lanzó un respingo.

—Pero..., ¿qué es esto?

—Ya lo ve. El asesino, sea quien sea, ha actuado otra vez.

—Es..., ¡es absurdo!

—Es una realidad, Alan. Y hemos de averiguar otras realidades que se ocultan detrás de ésta.

—¡Oiga! ¡Tiene que darme alguna explicación! ¡Usted ha debido verlo todo!

¡No puede largarse así! ¡Baje!

—No me largo. Estoy tratando de ver qué hay en esa habitación de ahí arriba.

—Pero, oiga... ¡Demonios! —De pronto las facciones de Alan se habían desencajado—. ¡Usted ha podido matar a Rock!

En aquel momento, antes de que Halloran tuviera tiempo para responder, otras dos personas aparecieron.

Eran dos mujeres y, al verlas, cualquiera se hubiese olvidado del muerto. Pero ni Halloran ni Alan lo consiguieron del todo.

Norma y Ethel iban cubiertas sólo por dos vaporosos saltos de cama, uno blanco y otro negro.

Formaban un contraste perfecto. Y uno, en el caso de aquellas dos fantásticas reinas de ajedrez, no sabía a qué color quedarse.

Ambas miraron con rostros desencajados el cuerpo sin vida de Rock Deville.

Halloran aprovechó la breve pausa para llegar hasta arriba, entrar en la habitación y encender la luz. El aire frío que penetraba a través de la ventana abierta le dio en la cara. Eso fue lo primero

que notó: que la ventana estaba abierta y que alguien habría podido huir por ella.

Por otra parte, en la habitación no había ya nadie. Los muebles viejos, apolillados, con las tapicerías descoloridas por los años, estaban amontonados allí como en el almacén de un teatro. El polvo lo cubría todo, y sobre él, en el suelo, se apreciaban huellas. Esas huellas llevaban hasta la ventana, cosa por otra parte lógica. Pero Halloran no se entretuvo en examinarlas.

Se oían voces abajo.

Alguien más acababa de llegar.

El joven salió de la habitación y miró el vestíbulo de servicio, que era el lugar al cual daba aquella escalera. El comisario Murdock, completamente vestido, estaba allí. Miraba el cadáver con expresión entre asombrada y crítica.

—He oído los ruidos y he visto encenderse luces desde el pabellón —dijo—. Dios santo. Creí que al menos llegaría a tiempo...

Sus ojos asombrados no se apartaban del cadáver, en cuya expresión se había quedado petrificado al mismo tiempo la incredulidad y el horror.

Paseó luego la mirada en torno suyo.

A cualquiera le hubiese llamado la atención la belleza de las dos mujeres, y a él se la llamó.

Claro que se la llamó.

Por un instante un mal pensamiento cruzó su mente a pesar de las circunstancias. Se dijo que no sabría si quedarse con la de la combinación blanca o la de la combinación negra. Al fin se dijo que seguramente se decidiría por la blanca, por Norma Deville. Pero todo eso eran tonterías. Tenía cosas mucho más importantes en que concentrar su atención.

—¿Por qué lleva en la mano una media negra, Norma?

—Necesito cubrirme los ojos para dormir. Quizá sepa que no puedo bajar los párpados.

—Sí... Creo que lo dijo en sus declaraciones. ¿Dónde estaba cuando ocurrió esto?

—En mi habitación. Dormía.

—¿Qué le despertó?

—Creo que fue el ruido de la barandilla al romperse. Oí un *chaaask* muy fuerte y de pronto me encontré despierta.

—¿Y usted, Ethel?

—Yo duermo en una habitación muy cercana a la de Norma. No me despertó el ruido de la barandilla, sino las pisadas de Norma al correr por el pasillo. Me puse algo encima y fui tras ella.

Llegamos casi juntas.

—¿Cuánto tiempo se emplea en venir desde sus habitaciones hasta aquí? —murmuró el policía.

—Corriendo, unos cuatro minutos.

—Eso es, exactamente, lo que han tardado en llegar —dijo Halloran, desde mitad de las escaleras.

Murdock no le miró aún.

—¿Y usted, Alan? Usted va vestido. ¿Cuándo llegó aquí?

—Un par de minutos antes que ellas.

—¿Dónde estaba?

—Paseaba por mi habitación. No podía dormir. Hay veces en que el alcohol me produce lo contrario de lo que quiero: insomnio. Si quiere que le diga la verdad, pensaba en Norma. Pensaba en todas las chicas que he conocido. Esa puerca me gusta, y ella lo sabe.

—¿Por qué la llama puerca?

—Porque con sus exhibiciones le ponen nervioso a uno y luego nada.

Pese a que aquellas palabras eran muy ofensivas para ella, Norma no hizo ningún comentario.

Murdock chascó la lengua.

—¿No ha visto nada? —preguntó.

—Sí, a Halloran.

Halloran, mientras descendía calmamente los peldaños, miró al comisario.

—Creo que tengo algo importante que decir, señor Murdock.

—Desde luego. Y lo primero va a ser decirme por qué está aquí. Esta mañana se fue, ¿no?

—Me fui porque tenía concertada una entrevista con Robert Kennedy. Un informe, hasta ahora secreto, sobre la situación moral y económica en Vietnam.

—¿Y qué?

—Robert Kennedy había tenido que alejarse de la ciudad por un día, a causa de otro compromiso político. Mi retraso me resultó

fatal. Pero tiene que volver mañana y entonces podré verle.

Murdock arqueó una ceja.

—¿Y ha vuelto aquí?

—Ya ve.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Esto me obsesiona. Era como una llamada. De repente me encontré aquí, casi sin saber cómo.

—Pero no puede justificar sus movimientos...

—No.

—¿Se da cuenta de que eso le perjudica?

—En realidad, los movimientos no los puede justificar nadie, ni usted —dijo Halloran tranquilamente—. Pero sé que usted no es culpable, como yo no lo soy tampoco. Demonios, lo he visto con mis propios ojos. He visto a la persona que mataba a Rock.

—¿Quién era?

—Una mujer.

El rostro del policía se afiló, prestando a aquellas palabras una atención insólita.

—¿Qué clase de mujer? —murmuró.

—No sabría definirla. La vi sólo fugazmente, en el momento en que se retiraba después de asestar su segunda cuchillada.

—¿Cómo sabe que eran dos?

—Se nota perfectamente en el cadáver, ¿no?

—Está bien, siga. Trate de definirla del mejor modo que pueda. Diga lo que vio.

—Era... —Halloran trató de hacer un esfuerzo para encontrar las palabras más breves y exactas—, era una mujer de otra época.

—¿Qué quiere decir?

—Su modo de vestir, el ambiente que la rodeaba...

—¿No vio su cara?

—No, porque ya le digo que resultó todo muy rápido. Fue visto y no visto. Pero me atrevería a decir a quien se parecía esa mujer. A quien se parecía extraordinariamente.

—Dígalos.

—¿Usted ha visto el retrato de la mujer que dejó la herencia?
¿El retrato de tía Eleonora?

El policía arqueó una ceja mientras notaba que, bruscamente, se hacía irregular su respiración.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Completamente seguro.

—¿Cree usted en los espíritus, Halloran?

—Esas cuchilladas no las ha causado un espíritu.

—No hablen en broma de todo esto —dijo Ethel—. Es un crimen. No se dan cuenta, pero pueden atraer la venganza sobre sus cabezas.

Murdock tomó una decisión. Apretó los puños, mientras decía bruscamente:

—Voy a pedir ayuda.

Esta casa se llenará de tíos de la bofia. No dejaremos piedra sobre piedra. Hasta las telarañas de las paredes van a ser analizadas, se lo juro.

Y fue a dirigirse a la puerta. Pero la mano derecha de Norma le detuvo.

Murdock se inmovilizó, porque detrás de la mano derecha estaba todo lo demás. Y si todo lo demás paraba un tren de mercancías, también podía pararle a él.

—¿Qué quiere, Norma?

—No llenará esto de polizontes, comisario.

—¿Por qué no?

—No estoy dispuesta a perder alrededor de unos ocho millones de dólares.

—¿Ha hecho ya la cuenta de lo que le toca después de matar a Rock?

—No diga tonterías. Usted sabe perfectamente que yo no he matado a nadie. Que yo no puedo ser esa maldita, esa execrable vieja. Pero las cuentas son fáciles de hacer, amigo, y yo no voy a perder, eso métselo en la cabeza.

—¿Teme que el juez del distrito diga que no han pasado la noche solos?

—Exactamente. Y soy capaz de demandarle por daños y perjuicios si perdemos la herencia.

Murdock parpadeó. Sabía que aquello no era sólo una amenaza. La legislación norteamericana tiene en ese aspecto bromas de muy mal gusto.

—Sus atribuciones le permiten iniciar la investigación sin pedir ayuda a nadie —insistió Norma—. De modo que haga lo que quiera,

pero no llame a nadie más..., basta hasta que amanezca.

Murdock la miró amenazadoramente.

—Yo le diré lo que voy a hacer. Y si tengo un testigo de vista, le juro que no voy a perderlo.

Salió de allí, permaneciendo unos diez minutos fuera. Resultaron los diez minutos más abrumadores, más largos que aquellos cuatro seres habían vivido. Lo mismo las dos mujeres que Alan o Halloran no conseguían apartar sus miradas del cadáver de Rock Deville. Y había momentos en que más de uno pensó que Rock iba a volver a la vida, tan increíble era todo aquello.

Por fin el comisario regresó.

Traía varios viejos vestidos. Eran unos vestidos que parecían sacados del viejo guardarropía de un teatro.

—¿Pero qué es esto?

—Cómo les he dicho, durante casi todo el día de ayer estuvimos registrando en la casa. Y encontramos mucha ropa que sin duda había pertenecido a su difunta tía.

Norma arrugó la nariz.

—¿Y qué pretende hacer con esas antiguallas?

—Usted va a ponerse unas cuantas de ellas.

—¿Queeeeé...?

Alan, que parecía increíblemente nervioso, pegó un puñetazo a la pared.

—¡Infiernos, no organice un baile de disfraces, comisario! ¿Qué idea se le ha ocurrido?

—Mi idea es muy sencilla. Halloran, ese periodista, dice que ha visto una mujer. Muy bien. Lo mismo Norma que Ethel se vestirán con esas ropas, una detrás de otra. Saldrán por la puerta y volverán a entrar, reconstruyendo más o menos los movimientos que Halloran vio hacer a la culpable. Y si él la reconoce, el caso estará ya muy encarrilado.

Norma murmuró:

—¡Yo no me pongo eso!

—No tendrá más remedio, o haré constar que se negó a someterse a la prueba. Eso la convertirá en sospechosa automáticamente.

—Bueno, si es así. Intentaré tomármelo a broma. Pero me parece una tontería.

Alan la animó.

—Es un buen medio para probar tu inocencia. Esas cosas impresionan mucho al jurado, en caso de haber proceso. Yo opino que debes hacer lo que te propone el comisario.

—¿Y tú no?

—¿Yo, por qué?

—También puede ser un hombre disfrazado de mujer.

Halloran chascó los dedos.

—No, no. Yo creo más bien que era una mujer.

—¿Por qué está tan seguro?

—Sus movimientos, su estilo. Era algo indefinible que había en ella. Pienso que no me equivoco y que de todos modos la idea que ha tenido el comisario es buena.

Murdock le miraba.

—¿De qué color tenía el pelo la mujer de la que estamos hablando?

—Lo tenía blanco.

—Estupendo. He traído pelucas de varios colores. Por lo visto, la vieja las usaba. Tome, Norma, póngase esta vestido y esa peluca blanca.

Norma arrugó la nariz, pero al fin se conformó.

Sobre su vaporoso salto de cama se puso un vestido muy largo y muy viejo, más o menos ajustado y luego la peluca.

Su aspecto había cambiado por completo. A distancia podía parecer, en efecto, una mujer vieja, una mujer, incluso, un poco siniestra.

Pero de cerca seguía siendo Norma Deville. Sus ojos pícaros brillaban bajo el amontonamiento de la peluca. Estaba casi desconocida, estaba incluso más excitante.

Murdock le señaló la puerta superior.

—Suba, entre en la habitación de arriba y salga, regresando rápidamente sobre sus pasos. ¿Desde qué punto vio usted lo ocurrido, señor Halloran?

—Desde el punto en que usted se halla ahora.

—Sitúese.

Norma subió por las escaleras. La muy condenada tuvo el gesto de fingir que la larga falda le molestaba y subírsela muy arriba, para moverse mejor. Los tres hombres que estaban allí sentían que

la mirada se les enturbiaba poco a poco.

Halloran prestó atención. La muchacha salió y luego volvió a entrar. Durante unos instantes, desapareció de su vista.

Murdock miraba a Halloran.

—¿Qué le parece?

—No.

—¿No fue ella?

—Hay diferencias que no sabría explicar, pero el golpe de vista es negativo. Me parece que no fue ella.

—Probaremos con Ethel.

Llamó a Norma y ésta descendió. Otra vez la exhibición para salvaguardar la libertad de movimientos. Alan empezaba a pensar que había bebido demasiado, porque se mareaba.

Norma se desprendió de las ropas y se las pasó a Ethel, así como la peluca. Ethel se las vistió.

Todos observaron entonces que entre las dos mujeres había importantes diferencias.

Ethel parecía mucho más una vieja, la vieja que había descrito el periodista Halloran.

No era sólo porque tuviera unos años más que Norma, sino por su expresión, que era atormentada y sombría siempre. Sus ojos, que parecían mirar continuamente al Más Allá, le daban una gravedad que Norma no tenía.

Murdock lo notaba. Y con voz velada le indicó:

—Suba.

Ethel lo hizo. Repitió casi exactamente los movimientos de Norma, entre el silencio agobiante de los que estaban abajo.

Todos sentían el silencio como un líquido corrosivo que se les estuviera metiendo en las entrañas.

Murdock susurró:

—Diga, Halloran.

—Ésta es posible.

—¿Se parece a la que vio?

—Se parece, pero no digo que lo sea. Y si tengo que repetir esto ante un jurado, mediré mis palabras mucho más aún.

—Le comprendo; pero no se preocupe, porque se trata de una simple prueba. Y ahora, basta por esta noche.

—¿Qué va a hacer?

—Cerrar todas las puertas que den a este lugar y quedarme las llaves. No quiero que nadie toque nada. Por mañana haremos una revisión a fondo.

Todos se mostraron conformes, como era lógico. Ethel empezó a quitarse las molestas ropas.

—¿Qué hago con ellas?

—Lléveselas.

—¿No servirán por si esta prueba se repite ante el Jurado?

—Esta prueba no se repetirá. Límitese a dejar estas ropas en alguno de los armarios, porque tal vez serán analizadas. Mañana, mis hombres se ocuparán de todo lo demás.

Las dos mujeres salieron.

Los dos hombres terminaron encogiéndose de hombros y salieron también.

Murdock quedó solo.

Sus ojos penetrantes examinaron todos los detalles: la escalera, las huellas sobre el polvo, la luz plomiza que lo envolvía todo... Pero poca cosa podía hacer sin la ayuda de los expertos, de modo que resolvió dejarlo para la mañana siguiente.

Dejando las luces encendidas, lo cerró todo y se quedó las llaves, poniéndolas a buen recaudo en uno de sus bolsillos.

Todo quedó silencioso, envuelto en aquella luz espectral y amarilla que parecía iluminar uno de esos extraños escenarios que a veces distinguimos en los sueños. Mientras tanto, los tres herederos que ahora quedaban con vida habían vuelto a la parte principal de la casa.

Ethel llevaba las ropas y la peluca que poco antes se había puesto. Todo aquello parecía quemarle en las manos.

—¿Dónde guardo esto, Norma?

—Yo lo metería en el armario de donde ese tipo lo ha sacado. Y que se quede allí.

—¿Qué armario?

—¿No sabes cuál es?

—No, no lo recuerdo.

—Dámelas. Las dejaré yo.

—¿No tienes miedo de andar sola por la casa?

—¿Y por qué voy a tenerlo?

—¡Han ocurrido tantas cosas!

—A mí no tiene que ocurrirme nada. Además, si empiezo a asustarme, estoy lista. Dame.

Y desapareció con todo aquello.

Antes de que se esfumara, Alan, que ya parecía haber empezado a recuperarse, se ofreció:

—¿Te acompaño?

—Tú lo que quieres es que andemos solos por las habitaciones de la casa.

—Mujer, es para protegerte.

—Sé protegerme sola.

Alan se encogió de hombros.

—Ella se lo pierde.

—No seas grosero, Alan —murmuró ella—. ¿Es que toda la vida has de estar pensando en el alcohol y las mujeres?

—Son las dos únicas cosas que valen la pena en el mundo, ¿no?

—Vete al diablo.

—No sabes lo que dices. Llegará un día en que a las mujeres os venderán embotelladas y con marca. Y entonces ya verás, ya.

—¡He dicho que te vayas al diablo!

Alan volvió a encogerse de hombros, mientras desaparecía por una de las puertas. Ethel y Halloran se quedaron solos.

Halloran encendió un cigarrillo, después de mirar a Ethel.

—Un sujeto difícil ese tal Alan, ¿no?

—Es un desgraciado.

—Pero que heredará unos ocho millones de dólares, contando con que nadie más muera.

—No diga eso. Usted es de esos tipos que no debieran hablar nunca. Recuerde lo que me ha perjudicado ante el policía, al decir que podía ser yo.

—Es que podía serlo.

—¿De veras lo cree?

Halloran sonrió.

—No la acusaré ante un jurado, no tema. La verdad es que no estoy seguro de nada. Y ahora, perdone. Con su permiso.

Descolgó el teléfono que había en la habitación y pidió una comunicación a larga distancia con un número de Montgomery, Alabama. Se la dieron al cabo de unos cinco minutos.

Una voz débil y lejana, la voz de la otra noche, le volvió a

responder.

—Bob.

—Hola, Alma.

—Estoy destrozada, Bob.

—Pero recuerda que no debes hacer ninguna tontería.

—Anoche me convenciste para que no la hiciera, Bob. Te juro que..., que estaba dispuesta a la mayor locura. Tú me aseguraste que debía tener calma, que debía esperar. Pero nada se ha arreglado.

Seguimos exactamente lo mismo.

—Es que lo nuestro no tiene solución, Alma.

—Bob, yo te engañé.

—¿De veras?

—¡No me hables en ese tono! ¡No lo sabía! Te juro que no lo sabía...

—Pero podías imaginarlo. O en todo caso, a poco que lo barruntaras, debiste hablarme de ello.

Te lo he repetido cien veces: debiste hablarme de ello.

—No... lo sabía.

—¿No sabías que la herencia biológica tiene unas leyes? ¿Que lo que no le ocurre al hijo le puede ocurrir al nieto?

—Bob... —la voz de Alma era desfallecida, era más lejana cada vez—. Me casé contigo enamorada como una loca. Nunca hubo otro hombre en mi vida y nunca más lo habrá. Tú y yo somos sanos, somos blancos, es un castigo del cielo el que hayamos tenido un hijo negro.

Bob Halloran repitió tenazmente:

—Debiste imaginarlo.

—¿Por el hecho de que uno de mis abuelos era negro? ¡Pero mi padre fue bien blanco!

—Alguien debió explicarte que, en ese y otros aspectos, se suele saltar una generación. Que el color de piel del abuelo puede transmitirse no al hijo, sino al nieto.

—Yo no sabía nada de eso. Yo sólo sabía que estaba enamorada de ti. Para casarme creí que era suficiente. Además, el hijo es nuestro, y tú lo sabes. No es ninguna monstruosidad tener un hijo negro.

Él apretó los labios.

—Para los que viven en Alabama, sí —dijo bruscamente—. Un hombre que trate de prosperar en el seno de una sociedad racista, debe tener en cuenta esas cosas. Yo no he inventado eso de que la gente se clasifique según el color de su piel. Cuando nací, la cosa ya estaba inventada, y tengo que amoldarme a ella. Un hijo negro me hundirá. Por eso he pedido el divorcio.

Al otro lado del cable se escuchó apenas un gemido, una sola palabra:

—Bob...

—Insisto en lo del divorcio —dijo él secamente—. Te llamaré mañana para obtener una respuesta definitiva. Quiero que contestes a mi demanda diciendo que te conformas con ella. Lo nuestro tiene que quedar deshecho.

Y colgó.

Se dio cuenta de que, en la penumbra de la habitación, Ethel le miraba fijamente. El cigarrillo se había casi consumido entre sus labios. Sus ojos despedían un extraño destello.

—Es usted aborrecible, Halloran —murmuró.

—¿Usted qué sabe?

—A través de sus palabras he adivinado el resto la conversación. Y lo que hace me parece indigno.

—No he pedido su consejo.

—Ni yo se lo voy a dar. Haga lo que le pase por las narices, pero yo le digo lo que pienso, no debe apartarse de esa pobre mujer. No debe condenar a un niño que es inocente. ¡Un niño cuyo color de piel se decidió hace cincuenta años! ¿Qué es lo que le interesa en la vida, Halloran?

—Triunfar.

—¿Triunfar en qué?

—Pues en mi profesión, en todo.

—Y un descendiente negro es un estorbo, ¿verdad? La gente le señalará con el dedo. Le dirán: «Aquí tenéis a un fracasado, un hombre que ni siquiera ha sabido tener un hijo blanco». Muy bien... Si usted no tiene valor para reírse de eso, es que no es un hombre.

Halloran apretó los puños impulsivamente.

—Usted no sabe nada de eso. No ha vivido nunca en Alabama.

—¿Cree que no?

—Bueno, sea como sea... ¡Esto no le importa!

—Es un ambicioso —dijo ella lentamente, sin hacer caso de su última frase—. Una entrevista en exclusiva con Robert Kennedy, un hijo guapo y blanco... Todo ayuda a triunfar, ¿no? Y mientras tanto, su mujer al borde de la desesperación, al borde del suicidio. Ni siquiera está usted allí para ayudarle a que no cometa algo irremediable. ¿Sabe qué le digo? Usted es un pobre hombre, Halloran.

Mucha presencia, mucha planta. Pero dentro..., ¡nada!

Y volvió la cabeza, dejando de mirarle.

Aquellas palabras eran las más afrentosas que había escuchado Halloran en mucho tiempo.

Estaba lívido, pero se dominó y pudo decir en voz baja:

—Me gusta oírla hablar. Me hace gracia.

Resulta que usted ha venido aquí a hacerse con unos cuantos millones, y si se tercia a liquidar a sus parientes, que también son sus competidores. Así sus millones subirán. Pero le sabe mal que los otros se defiendan. Que elijan su propio destino.

Ethel lo miró sombríamente.

—No le diré que no me interese el dinero —murmuró—, pero ¿sabe a qué he venido, fundamentalmente?

—¿A qué?

—Quiero que esta casa sea para mí. Es lo único que pido. Lo demás de la herencia me interesa muchísimo menos.

—¿Y para qué quiere esta choza?

—Porque en la parte posterior está el cementerio familiar, en él yace Frank. No sé si sabe que Frank era mi esposo.

—Pretende que sea respetada su sepultura, ¿verdad?

—Exactamente.

Halloran se encogió de hombros.

—Bueno, allá usted. Ha llegado un momento en que mi existencia me ha enseñado muchas cosas.

En que ya no me interesan los muertos, sino los vivos.

Ella lo miró fijamente, como si dijese: «Me da cada vez más pena», pero, en realidad, no dijo nada. Dejó simplemente sus labios dibujaran una mueca y murmuró:

—Norma tarda.

—Pues vaya a buscarla.

—Eso es lo que pienso hacer.

—Por lo visto, usted tampoco tiene demasiado miedo.

Ella no contestó.

Se dirigió hacia el piso superior, donde estaban su habitación y la de Norma. Suponía que encontraría a su prima allí. Procedentes de distintas ramas de los Deville, no habían tenido nunca demasiada amistad, pero ahora necesitaba encontrarla. Le parecía que junto a ella se sentiría mejor.

Entró sin llamar en el dormitorio de la muchacha.

Como en un escenario un poco irreal, vio la luz encendida, la cama levemente deshecha, un par de prendas íntimas tiradas por el suelo y las cortinas que se movían a impulsos de la brisa, a causa de la ventana abierta. Pero Norma no estaba allí.

No se veía ni rastro de ella.

—Norma... —llamó—. ¡Norma!

Nadie le respondió.

El silencio la envolvía como una mano, como una zarpa asfixiante.

—¡Norma!

Pensó que quizá estaba en la otra habitación, en la de la propia Ethel.

Fue hacia allí y entró también sin llamar.

Un escalofrío la recorrió por entero.

También la ventana estaba abierta y no sólo se movían las cortinillas, sino las vaporosas telarañas que se habían formado allí con el paso de los años. Pero no se veía rastro de su prima.

Debía haber ido a depositar las ropas en alguno de los armarios del piso superior, que era el de los desvanes. Se dirigió hacia allí.

Nunca le había parecido la casa tan enorme, tan silenciosa. Cada vez que encendía una luz, se escuchaba un chasquido. Las bombillas cubiertas de polvo apenas enviaban una leve claridad. Los pasillos parecían largos, interminables, y estaban cubiertos de sombras.

Detrás de cada puerta cerrada parecía acechar un misterio en el que no se atrevía ni a pensar.

Vio que una de aquellas puertas oscilaba a impulsos del suave viento.

Debían haberla abierto poco antes. Se veía luz a través del hueco. Era una luz amarillenta, como todas las que había en la casa.

Ethel se detuvo allí.

Sus ojos parecieron perforar una muralla de sombras. La luz amarillenta era casi inexistente y daba a todo un extraño color de irrealidad. Había allí armarios, viejos muebles, cachivaches. Pero, sobre todo, estaba la figura.

La vio de espaldas a ella.

La peluca blanca (¿o quizá una auténtica cabellera blanca?). Las ropas que poco antes llevaron Norma y ella (¿o quizá otras que eran muy parecidas?).

Vuelta de espaldas a ella, la figura era alta, solemne, rígida.

Ethel oyó la voz como si no surgiera de ella misma. Aquella voz que preguntaba:

—Norma..., ¿por qué te has puesto las ropas otra vez? ¿Qué haces aquí, vestida de ese modo?

La figura no respondió.

Se fue volviendo hacia ella poco a poco.

CAPÍTULO VII

En los labios de Ethel flotaba como una leve sonrisa, porque estaba segura de que iba a encontrarse frente a su prima.

Pero, de repente, aquella sonrisa desapareció. Quedó helada en su boca. Fue sustituida por una súbita mueca de horror.

No... No era su prima.

Aquella cara que parecía momificada, aquella piel de pergamino, aquellas manos largas y huesudas. Y aquel cuchillo tinto en sangre que descansaba en su mano derecha.

Ethel comprendió en aquel terrible instante que iba a morir.

Que iba a morir como Bates, como Rock... Que dentro de unos momentos también encontrarían su cadáver cosido a cuchillazos, como habían encontrado el de los otros.

Vio la hoja de acero rebrillar en el aire. Aquel brillo fue hacia su pecho.

Sólo su agilidad la salvó, por lo menos momentáneamente. Se encontró saltando hacia atrás de una manera instintiva, sin que su voluntad interviniera. La hoja de acero, que debió penetrar en su pecho, pasó solo rozándola.

Ethel corrió por el pasillo. No se dio cuenta, pero perdió lo que quedaba de su salto de cama negro. Ahora corría sobre sus tacones, no llevando encima más que la prenda íntima más esencial. La extraña y alucinante figura, que parecía avanzar con movimientos mecánicos, fue tras ella.

Le ganaba distancia.

Estaba ya casi rozándola, y a Ethel le parecía sentir el aliento repulsivo en su nuca.

Sabía que cuando llegara al final de aquel pasillo encontraría las escaleras, y que desde éstas podría ver a Halloran. Pero el pasillo nunca le había parecido tan largo. Era enorme, interminable, inmenso. Le parecía que no iba a llegar nunca a las escaleras, que

no saldría viva de allí.

Trató de gritar, pero fue inútil. De su garganta no salió un solo sonido. Era como si la tuviera atrofiada, muerta. Sintió entonces el frío de la muerte llegar hasta sus huesos.

Tuvo la sensación de que el cuchillo había penetrado entre sus omóplatos, pero en realidad la había rozado tan solo. La herida era insignificante.

Sabía, sin embargo, que no podría esquivar la próxima cuchillada.

Estaba perdida.

Y de pronto se escuchó aquel alarido terrible, inhumano, ululante, que parecía surgir de todos los rincones de la casa.

Era el mismo que Norma oyó al llegar allí con el *sheriff*. El que se había repetido otras veces.

Ethel supo que no lo había lanzado ella, y el extraño ser que la perseguía tampoco. Entonces, ¿qué era?

Halloran, abajo, también lo oyó.

Dio un tremendo brinco. Era ágil y un verdadero atleta. Pensó que desde arriba lo había lanzado Ethel.

Olvidó instantáneamente todo lo que ella le había dicho. Para él, no era más que un ser en peligro. Subió los peldaños de cuatro en cuatro, mientras gritaba:

—¡Allá voy, Ethel! ¡Aguante, estoy ahí dentro de unos segundos!

Efectivamente, no tardó más en llegar arriba. Y lo que pudo ver lo dejó paralizado, haciendo que su respiración se entrecortara.

Ethel estaba allí, en el suelo. Vestida tan sumariamente que le impresionó. El joven pronto vio que no estaba muerta ni herida, sino al borde del desmayo. No se veía a nadie más junto a ella.

Halloran la cubrió con su chaqueta y se arrodilló junto a ella.

—Ethel..., ¿qué ocurre?

—Yo..., yo... Ella... estaba aquí.

—¿Quién es ella?

Ethel apenas se atrevía a pronunciar el nombre. Tuvo que hacer un violento esfuerzo para decir:

—Tía Eleonora...

Halloran miró frente a sí. No creía nada de aquello. Vio el pasillo inmenso y vacío, las puertas cerradas. ¿Una pesadilla tal vez? Era posible. A él mismo le estaba acometiendo una fuerte

sensación de irrealidad, algo que no podía evitar.

—Ethel, por favor. Trate de pensar con la cabeza.

—Estaba... en una habitación... Vestida con ropas... muy parecidas a aquéllas... Me atacó.

—¿Y ahora ha desaparecido?

—Al oírse ese alarido... quizá se sorprendió. Y luego debió oír también que usted subía. No podía arriesgarse a que la viera.

Pese a que la explicación de Ethel sonaba lógica, Halloran no estaba demasiado dispuesto a creerla.

—La llevaré abajo. Creo que necesita beber un poco de coñac.

—No me cree, ¿verdad?

—Tampoco dejo de creerla. Pero estoy seguro de que cuando se haya serenado hablaremos mucho mejor.

Fue a tomarla en sus brazos y en ese momento vio unas leves gotitas de sangre en su espalda.

Aquello no se lo podía haber causado ella. Era, pues, cierto que alguien la había estado persiguiendo. Que alguien había tratado de matarla.

Una palidez repentina cubrió el rostro de Halloran. Oyó entonces un carraspeo a su espalda.

Era el comisario Murdock.

Norma acababa de llegar al mismo tiempo que él. Todavía vestida (o desvestida) con su subyugante salto de cama blanco.

Murdock masculló:

—¿Qué infiernos ocurre aquí?

—Han tratado de matar a Ethel.

—¿Cómo? ¡Mil diablos! ¿Y quién?

—Trataré de explicárselo, aunque yo sé de esto poco más que usted, comisario.

Y Halloran hizo un breve relato de lo sucedido desde que oyó aquel grito alucinante. No omitió detalle. Luego mostró la pequeña herida en la espalda de la mujer.

—Esto prueba que ella no miente —terminó.

—Nunca he creído que mintiese. Y ese grito casi inhumano..., ¿de dónde salía? Ha sido lo que me ha hecho venir aquí.

Halloran ayudó a la aturdida Ethel a ponerse en pie. Y chascó dos dedos.

—Usted lo ha dicho, comisario. Un grito inhumano.

—¿Qué trata de insinuar?

—Que no lo lanzó una persona.

—Lo oí al llegar aquí —dijo Norma entonces—. El *sheriff* estaba conmigo. Y se ha repetido otras veces. Un par de ellas, creo yo.

Halloran entrecerró los ojos y consultó su reloj. Era un Rolex de una exactitud perfecta. Las once y ocho minutos de la noche. Podía hacer unos ocho minutos que se oyó aquel grito.

—¿Qué hora era cuando usted llegó aquí, Norma? ¿Lo recuerda?

—Pues... las seis de la tarde.

—¿En punto?

—Sí, tal vez sí.

—¿Y el grito se repitió una hora después?

—Aproximadamente.

Halloran volvió a chascar dos dedos.

—Vamos.

Descendieron todos con él. Norma ayudaba a Ethel, que casi no podía tenerse en pie. Una vez en la planta baja, el periodista miró la extensa colección de relojes que había en ella.

—Sólo ese funciona —dijo—. Y es lógico, puesto que se trata de un reloj eléctrico. Ha vuelto a funcionar al cabo de los años, al conectarse la energía eléctrica. Los demás están parados porque nadie les ha dado cuerda.

—¿Y qué tiene que ver ese reloj con los gritos?

—Muy sencillo. Un gusto macabro de la antigua dueña de esta casa. Hay gente que se pirra por esas cosas. Carlos I de España pasaba horas reflexionando metido en un ataúd. La iglesia de los Capuchinos, de Roma, está adornada con viejos esqueletos de los monjes. Existen personas o ambientes que necesitan siempre el contacto de la muerte, o al menos su recuerdo. A tía Eleonora le gustaba escuchar a cada hora ese alarido estremecedor. Una cinta magnetofónica y un sistema de conexiones lo reparte por toda la casa.

—¿Y por qué no ha funcionado cada hora? —murmuró el policía.

—Por una razón muy sencilla: es de suponer que el viejo mecanismo, después de tantos años sin funcionar, tendrá irregularidades. Habrá momentos en que marchará y momentos en que no servirá para nada.

—Cierto —reconoció el periodista.

El comisario Murdock dio unos pasos, con las manos unidas a la espalda.

—Lo que hemos descubierto hasta ahora no es gran cosa —dijo—, pero vamos adelantando.

Sabemos que alguien, para cometer esos crímenes se disfraza con las ropas de esa pobre mujer cuyo retrato hemos visto todos.

—¿Y por qué no ha de ser ella? —balbució Ethel, sin creer demasiado en lo que decía.

—Porque está muerta.

—Pero yo la he visto...

—¿A ella o a una máscara?

—Bueno... Tal vez sea posible que...

—Alguien se disfraza —recapituló Murdock—, tratando de desorientarnos. Hay otro elemento con el cual han tratado también de hacerme ver lo que no existe.

Halloran se acercó a él.

—¿Cuál?

—La huella con el pie de seis dedos. Hace años se cometieron unos crímenes aquí, y el asesino, un anormal, dejaba esas huellas. Pero luego desapareció y seguramente ha muerto. Yo estoy seguro de que las marcas que hemos visto eran simplemente una plantilla. Se trataba de que yo, realmente, no supiese ya por dónde iba. Pero lo que ocurre es todo lo contrario: cada vez veo las cosas con más claridad.

Alan, que había escuchado aquello desde una de las puertas del vestíbulo, sin que nadie se apercibiera de su presencia, murmuró:

—¿Y qué ve, comisario?

—Ah..., ¿estaba usted aquí?

—Desde luego.

—¿Sabe que su llegada resulta muy curiosa?

—Le he hecho una pregunta, comisario. No me acuse aún. ¿Qué es lo que ve?

—El criminal es uno de ustedes.

—¿De los herederos?

—Por supuesto.

—¿Con qué objeto?

—Con el de que sólo quede uno al final de la tercera noche. Y

entonces toda la herencia será para él. Es un pellizco tan considerable que vale la pena.

—Pero el que quede se habrá acusado a sí mismo, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver? Simples sospechas. ¿Qué lograremos si no se le puede probar nada?

Y he de reconocer que hasta ahora lo va consiguiendo. Pero durará poco.

—¿No ha pensado que pueda haber una cuarta persona interesada en esto? ¿En eliminarnos uno a uno?

—No, no la hay.

—¿Y qué piensa hacer, comisario?

Murdock lanzó un gruñido.

—Apenas amanezca lo verán. Voy a traer aquí a todos los expertos de la policía de Nueva Orleans. Juro al culpable que el más insignificante fallo le va a costar la vida. Puede estar seguro de ello: sólo le queda esta noche. Mañana, sus aventuras habrán terminado ya. Para él, se lo prometo, no habrá una tercera noche...

TERCERA NOCHE

CAPÍTULO VIII

Esta vez el local era mejor. No tenía tocadiscos apático, sino un verdadero pianista. Estaba tocando piezas de Brahms, Debussy... Desde el comedor privado, que habían ocupado prácticamente durante todo el día, aquellas tres personas le escuchaban en silencio. Iba cayendo la tarde y la luz, gris e incierta, le daba a todo un distinto color. Ethel había cerrado un momento los ojos.

—Me gusta —susurró.

—¿Más que el local de ayer?

—Sí.

Norma suspiró.

—Pero yo me aburro. Llevamos aquí todo el día.

—¿Y dónde quieres meterte? ¿Dar vueltas por ahí? El comisario no nos deja estar en la casa.

Bastante paciencia ha tenido con nosotros durante las noches. Y bastante hace con guardar ante los periodistas el secreto de lo que está sucediendo. No sé cuánto tiempo podrá conseguir eso.

—Hasta mañana. Mañana ya no podrá —susurró Alan.

—¿Por qué?

—Porque los que quedemos vivos nos presentaremos ante el juez. Y habremos de dar cuenta de todo para reclamar la herencia.

En ese momento la puerta del comedor privado se abrió. Entraron Murdock y Halloran.

Alan alzó la cabeza.

—¿Todavía está aquí, Halloran? ¿No tenía que ir a entrevistar a Robert Kennedy?

—Me recibirá esta noche. Aún tengo tiempo de llegar.

—¿Y por qué se retrasa usted? ¿Por qué no está ya allí?

—Porque quería acompañar a Rock aunque sólo fuera hasta el depósito de cadáveres. Ustedes tal vez no lo comprendan del todo, pero Rock era algo así como un amigo.

Ethel le miró burlonamente.

—Vaya... El gran egoísta se humaniza un poco.

—Si usted hubiera sido tan pobre como yo también sería egoísta, Ethel. No hay nada peor que ser pobre en un viejo Estado del Sur.

—Sí. Hay algo peor que ser pobre: ser negro.

El comisario Murdock dio una especie de manotazo al aire.

—Bueno, dejen de pelearse... ¿Qué tal han pasado el día aquí?

Alan bostezó.

—Ya ve. Aburridos...

—¿Van a volver a la casa?

—Claro...

—Pueden hacerlo cuando quieran. Por cierto, he hablado ya con el juez del distrito. Estará dispuesto a recibirles después de esta noche. Creo que no tendrán dificultades.

Norma se puso en pie.

Su escultural figura pareció llenar la habitación, cambiar el clima, hasta dotarlo de una rara sensualidad.

—¿Sus gorilas se han marchado ya de la casa, comisario?

—Sí.

—¿Es indiscreción preguntar si han descubierto algo?

—No se lo voy a decir. Es un secreto.

Norma rió, como desafiándole.

—Si hubiera descubierto algo ya estaría ahí, exhibiéndolo por delante de nuestras narices. No, sus polizontes no han descubierto nada, comisario. Usted está fracasando en esto. Más vale que nos deje solos de una condenada vez.

Halloran murmuró, sorprendido:

—Pero, Norma, ¿tú no tienes nunca miedo?

—Sólo me falta una noche, ¿no? Pues prefiero acabar. Y si tengo miedo, me aguanto.

El comisario miró a través de la ventana el horizonte que ya empezaba a teñirse de color violeta.

—Sí —murmuró—, una sola noche. Y puede decirse que está empezando justamente ahora...

El color violeta purísimo del cielo se convertía en algo más oscuro e indefinible cuando se reflejaba en las aguas. De un modo u otro, el lago estaba adquiriendo un matiz siniestro. A los policías que estaban recorriendo aquello, pese a conocerlo perfectamente,

les inquietaba —y no entendían por qué— hasta el tap-tap del motor de su propia lancha.

Surcaban quietamente las aguas del lago, a poca distancia de la casa, mientras veían otros policías recorriendo la orilla.

Murdock no había confiado en sus propias y exclusivas fuerzas. ¿Por qué iba a hacerlo, si tenía a su disposición a gran parte de la policía del Estado? Durante dos días las inmediaciones de la casa habían sido cribadas sin que sus habitantes lo advirtieran. Ningún ser extraño podía haberse acercado allí sin ser controlado. Los teléfonos estaban intervenidos. Todo.

¡Y sin embargo seguía sin avanzar!

El que iba en la proa de la lancha murmuró:

—Aquí.

—¿No te has equivocado, John?

—No. Tengo una buena vista. Me ha parecido ver el reflejo del bulto cuando dábamos la vuelta.

—¿Y lo ves ahora?

—Sí. Dejadme el garfio.

Uno de los policías se inclinó también.

—¡Demonio, es cierto!

Un bulto flotaba entre dos aguas, y los policías sabían lo que aquello significaba. Habían visto los suficientes ahogados para conocer bien el paño. Uno de ellos hundió el palo con el garfio en el líquido cada vez más turbio, hasta hincarlo en las ropas de aquel bulto que ahora tenían casi debajo de la quilla.

—¡Arriba!

—¿Le has sujetado bien?

—Sí..., ¡adelante!

Tiraron entre tres. El bulto fue subiendo poco a poco. Una vez en la superficie se dieron cuenta de que era el cadáver de una mujer.

—Aquí. En la borda.

Lo izaron del todo, depositándolo donde decía el sargento. Éste, calzándose unos guantes, lo tocó.

—Tiene la carne aún dura, y no hiede en absoluto —comentó—. Eso indica que hace poco que ha muerto.

—¿Cuánto calcula?

—Quizá dos días...

El cadáver estaba de espaldas, a un lado de la embarcación, tal como lo habían izado. Sus ropas eran largas, casi grotescas para aquella época. Uno de los policías murmuró:

—¿Lo volvemos?

—Sí, claro.

Le vieron entonces el rostro. El sargento hizo un gesto de conformidad y a la vez de repulsión.

—Es una vieja...

La casa tenía un aspecto distinto con relación al de las dos noches anteriores. Las tres personas que llegaron hasta ella se dieron enseguida cuenta del por qué.

Esta vez los expertos de la policía no habían respetado nada. Se habían comportado como lo que la gente decía, como verdaderos gorilas. Muebles sacados fuera, alguna ventana desvencijada, buscando entradas secretas, incluso una pequeña parte del tejado de pizarra levantado violentamente...

Ethel murmuró:

—Tendremos que pedirles daños y perjuicios. Lo que han hecho no tiene nombre.

—¿De qué te quejas? A ti sólo te interesa la tumba de Frank —murmuró Alan.

—¿Quieres callarte?

—Está bien, mujer, está bien...

Llegaron ante la puerta, que estaba cerrada, pero con la llave puesta, tal como la había dejado la policía. Una vez dentro les recibió un hálito de humedad, de abandono. Parecía mentira, pero dos días viviendo allí no habían logrado borrar el hálito de la soledad. El silencio de tantos años aún parecía flotar en cada rincón de la casa.

Alan encendió un cigarrillo.

—Ya estamos aquí —murmuró—. La última noche, la más divertida... La gran noche de nuestra vida. ¿Y a qué la vamos a dedicar?

—Tú a beber, ¿no? —murmuró Norma.

—Te equivocas, muchacha. ¿Ves cómo eres una mal pensada? No me he traído ninguna botella.

—Pues debes sentirte mal.

—Lo que ocurre es que quiero estar sereno. Nada de bromas en esta maldita noche.

De pronto su voz cambió:

—Me he traído una pistola, eso sí. Nada menos que una Luger. La he comprado esta mañana en la armería. Aquí la venta es libre, ¿no lo sabíais? Una Luger con su cargador completo. Y al que trate de hacerme cosquillas..., ¡pum!

Fingió que disparaba con los dedos, pero las dos muchachas sabían que lo de la Luger era verdad. Incluso se notaba el bulto bajo la americana de Alan.

—Me sentaré teniendo a mi espalda una pared bien sólida —dijo—. La ventana bien cerrada. Y ante mis ojos la puerta cerrada también. La pistola entre las rodillas. No abriré ni aunque se queme la casa, pero si aun así alguien lograra entrar... no tendré contemplaciones. Por eso necesito estar sereno. Esta noche me lo juego todo.

Norma asintió.

—Tienes razón. Yo haré lo mismo.

—Pero no llevas ningún arma.

—No...

El hombre rió.

—Luego criticaréis a vuestro pobre primo Alan. A él, que siempre os ha querido tanto...

Entró de nuevo en su coche, que era el que les había traído allí, y metió la mano en la guantera.

Cuando la sacó, llevaba en ella dos pequeñas pistolas niqueladas exactamente iguales. Parecían de juguete, pero eran mortíferas a corta distancia. Entregó una a cada mujer.

—Las he comprado para vosotras. Venta libre, ¿no os lo he dicho? Esto es el hermoso Sur...

Supongo que sabréis manejar un cacharro de éstos.

Las dos mujeres lo negaron.

—Nunca he tenido ninguno.

—Ni yo.

Alan mostró una de ellas.

—Esta pistola, como casi todas, tiene tres seguros: aleta, empuñadura y cargador. El seguro de cargador quiere decir que no se dispara si el cargador no está puesto. El de empuñadura es este

pequeño resorte posterior que se hunde un poco al empuñar la culata; significa que si no se hunde, es decir, si uno no tiene la pistola bien sujeta, no se dispara. El de aleta es esta pequeña pieza que hay a la izquierda del cañón; con el dedo pulgar se baja cuando se quiere disparar o se sube en caso contrario.

Puso el arma en manos de Ethel.

—Sólo de este seguro tienes que acordarte; los otros dos ya se anularán solos en cuanto tú empuñes la pistola. Voy a dejártela cargada y con el seguro bajado, lista para disparar. ¿Ves?

Y lanzó una bala al aire.

Los ecos se expandieron por el cielo que ya estaba cubierto de sombras.

—Guardadla así —dijo—. Os será muy útil a corta distancia. En el fuego cuerpo a cuerpo, estas armas son tan mortíferas como un cañonazo.

Las dos mujeres guardaron las armas en sus bolsos sin disimular del todo su sorpresa.

—Gracias, Alan. Es la primera vez que te preocupas por nosotras —dijo Norma.

—Y me ocuparía mucho más si me dejaseis, pero en fin... ¡Sois unas chicas con tantas pretensiones! Queréis un tipo como Halloran. Yo, en cambio, soy bajito, un tipo birria...

—No digas tonterías.

Encendieron las luces. Las bombillas, al haber sido limpiadas, enviaban una luz distinta.

Bruscamente se sintieron más optimistas que unos minutos antes.

Norma susurró:

—Al protegernos vas contra tus intereses, Alan. Si una de nosotras muere, tu parte será mayor.

—¿Y qué? ¿No es ya lo bastante grande? Yo prefiero que todo el mundo viva.

Lo examinó todo con mirada crítica.

—¿Dónde estará el comisario Murdock?

—No lo sé —repuso Ethel—. Supongo que en el pabellón, como la noche pasada.

—Hará bien en llevarse una amiguita —dijo cínicamente Alan—. Porque esta noche no va a ocurrir nada. ¡Abur!

Y se dirigió a la que había sido su habitación las dos noches anteriores.

Se había acostumbrado ya casi a ella. Le gustaba.

Y era segura. Era una habitación con sólo una ventana y una puerta de gruesa madera. No había ni siquiera chimenea, para que nadie pudiera bajar por ella. Una vez cerrada, él la convertiría en un verdadero fortín.

Miró a través de la ventana, dándose cuenta de que la noche ya había caído. Bajó la persiana y cerró bien los postigos. Luego hizo lo mismo con la puerta.

Miró bajo la cama.

Era ridículo tal vez, porque desde sus días de niño no había hecho aquello. Pero no podía descuidarse en ningún detalle, por tonto que pareciese.

Aún tuvo más precauciones: amontonó unos cuantos muebles tras la puerta. Formó una verdadera barricada. Luego sonrió satisfecho.

Hasta el amanecer faltaban unas diez horas. Pasarían en un soplo. Y haría falta saber quién era el guapo entraba allí.

Con la Luger sobre las rodillas, se sentó en una de las butacas, teniendo a su espalda una sólida pared, como había dicho. Y se dispuso a esperar.

Las primeras dos horas transcurrieron de una manera soportable, aunque al final ya se hicieron monótonas.

Alan cambió de postura varias veces.

Ya lo sabía desde sus tiempos del ejército. Cuando a uno le tenían más de dos horas quieto en un sitio, aquello se hacía inaguantable.

Empezó a pasear de un lado a otro, con gestos cada vez más nerviosos, dejando un largo rastro de cigarrillo a medio consumir. Lamentaba ahora no haber traído una botella. Acostumbrado al alcohol, sentía una necesidad de él visceral, absoluta, que le iba desosegando poco a poco.

Pero aún se mantenía sereno y dispuesto a pasar la noche. Ni siquiera había soltado la pistola, para estar más seguro.

Miró la bombilla.

¡Aquella luz amarillenta! ¡Aquella luz espectral a uno se le iba metiendo en la cabeza como un veneno...!

Y de pronto aquella luz se apagó. Se extinguió con un levísimo chasquido. Alan quedó sumido en una oscuridad total, absoluta, que llegaba a helar la sangre.

CAPÍTULO IX

Tuvo un momento de indecisión, un momento de terrible pánico. Estuvo incluso a punto de gritar. Pero enseguida reflexionó. Nadie podía haber movido el conmutador de su habitación, puesto que en ella estaba solo. Tenía que ser una avería general, algo que había provocado un apagón en toda la casa.

Se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué?

En ese momento oyó pasos al otro lado de la puerta, en el pasillo. Alguien parecía acercarse.

Alan vaciló. Pero por el taconeo pensó que tenían que tenían que ser Norma o Ethel.

Se acercó a la hoja de madera, casi pasando por encima del parapeto que él mismo había formado.

—¡Ethel! ¡Norma!

Le contestó la voz de esta última.

—¿Qué pasa, Alan? ¿Has provocado tú un cruce? ¡Ha sonado un chispazo y nos hemos quedado sin luz en toda la casa!

—¿Y lo dices tan tranquila?

—¿Qué quieres que haga? ¿Chillar?

—Podrías meterte en tu habitación y no salir de allí de ningún modo. Lo que haces es peligroso.

—¡Qué tontería!

—¿Es que tú nunca tienes miedo?

—¿Y crees que estando encerrada en mi habitación como una tonta me voy a sentir más segura?

Alan gruñó:

—Pues yo no me muevo de aquí.

—Está bien. Tú haz lo que quieras. Ya sólo quería saber si tú habías provocado el apagón...

Y el taconeó se alejó.

Era un taconeo lento, suave, cadencioso.

Alan la imaginó.

Alta, bien formada, andando sobre aquellos tacones que la ponían como sobre en un pedestal. Y seguramente con muy poca cosa encima.

Alan se pasó una mano por la boca.

Lo que no habían conseguido los restos de su valor lo estaba consiguiendo el deseo de ver a Norma otra vez. Lo estaba consiguiendo su sensualidad reprimida hasta entonces. Y el maldito pensamiento de que tal vez Norma, después de todo, admitiría su compañía de buen grado.

¿Por qué no?

El pensamiento era cada vez más fuerte, más intenso. Llegaba a zumbar en sus sienes.

Quieto, anhelante, no se dio cuenta de que su rostro se había convertido en una máscara de ansiedad.

Oyó otra vez el taconeo, que volvía.

—Norma. ¿Qué infiernos quieres ahora?

Él preguntó descaradamente:

—¿Cómo vas vestida?

—Pues... ¿Oye, tanto te importa eso...? Llevo apenas la ropa interior. Me había puesto cómoda, pero sin desvestirme del todo.

Alan encajó las mandíbulas. Aquellas palabras habían sido como una llamada. Seguro que Norma no imaginaba lo que aquellos simples detalles significaban para él.

El pensamiento de que aquella noche podía ser inolvidable se adueñó de su mente.

—Oye, Norma.

—¿Qué?

—Voy a salir.

—¿Y por qué razón? Tú estás seguro ahí. ¿Qué necesidad tienes de exponerte a un disgusto?

—No me ocurrirá nada. Si tú tienes el suficiente valor para estar fuera, yo también.

—Yo tengo valor por una cosa —dijo Norma—. Porque a las mujeres no nos ocurre nada. Hasta ahora sólo han muerto hombres.

Aquel pensamiento, que hasta entonces no se le había ocurrido, fue como un pinchazo en el cerebro de Alan. Era cierto, quizá

aquello iba solo contra los hombres... Pero dominó la idea. El ansia secreta que estaba sintiendo era más fuerte que todo.

—Espérame, Norma. Necesito hablar contigo.

—Está bien, de acuerdo... Si te empeñas...

Alan empezó a retirar la muralla de muebles de delante de la puerta. Lo hizo con cuidado y sin ruido, para que ella no se diese cuenta de la enorme dosis de miedo que había tenido.

Al fin pudo abrir la puerta.

En contraste con la oscuridad absoluta de la habitación, le pareció que en el pasillo había luz.

Por las grandes ventanas del vestíbulo se filtraba la luz de las estrellas, y eso proporcionaba una claridad que permitía distinguir los relieves. Normalmente hubiera visto a Norma, caso de estar allí.

Pero Norma no estaba.

Alan miró confundido a un lado y otro.

¿Dónde se había metido aquella maldita? ¿Quería gastarle una broma?

—¡Norma! —llamó—. ¡Norma...!

Una corriente helada pasaba por su columna vertebral. Sus párpados temblaban.

—¡Norma!

Llegó entonces a la desoladora conclusión de que debía haber ocurrido algo. Y avanzó casi a tientas.

Los viejos muebles que ya conocía... La lámpara apagada... Aquella ventana, al fondo, con las cortinillas que se movían a impulsos del viento...

Todo desfilaba ante sus ojos como en una película gris que hubiese visto muchos años antes.

—Norma...

A su derecha, una puerta crujía. Parecía como si el viento la sacudiera también un poco. Daba la sensación de que había sido abierta escasos segundos antes.

Alan se detuvo en el umbral.

Tenía la boca seca.

Por un momento pensó volver a su habitación, pero se dijo que la idea era estúpida. Quizá en su habitación, precisamente, le estaban esperando. Ahora, a oscuras, no podía tener de ningún modo la seguridad de que allí no hubiese nadie.

Empujó la puerta y entró.

El cuarto en el que se encontraba estaba relativamente bien iluminado. La luz que penetraba por la gran ventana era suficiente para distinguir los relieves de los objetos: un viejo diván, una mecedora... Esa mecedora se movía aún, produciendo un «nic, nic» escalofriante.

Alan sintió que sus rodillas temblaban. Estuvo a punto de volverse y salir.

Pero en ese momento oyó un chasquido a su espalda.

La puerta acababa de cerrarse.

Alan estaba sudando.

El sudor había llegado ya casi a sus ojos.

Tenía los párpados prácticamente bajados y oía el castañetear de sus propios dientes.

Se volvió poco a poco.

Vio entonces el largo cuchillo en la mano derecha.

Vio los ojos que le estaban mirando fijamente, ansiosamente. Y vio todo lo demás.

Lanzó una especie de rugido, que en realidad apenas salió de su garganta.

No podía creerlo.

Sus labios temblaron espasmódicamente mientras unía las manos en un gesto que parecía de súplica. No tuvo fuerzas ni para defenderse. Su asombro y su horror eran tan grandes que vencían toda su capacidad de reacción.

Los ojos brillaron más. El cuchillo se movió velozmente.

Lo único que Alan acertó a decir fue:

—Nooo...

La hoja de acero se clavó hasta el fondo en su corazón. Fue un golpe certero, hábil. Aunque propinado sin demasiada fuerza, bastó para dejarle seco en un par de segundos.

Cayó hacia atrás, pero sujetándose aún instintivamente a uno de los muebles.

La segunda cuchillada, ésta de costado, le seccionó la yugular.

Alan cayó definitivamente, sin exhalar un gemido.

La mano acercó entonces la hoja de acero a su cuerpo. La limpió en sus mismas ropas.

Y se hizo el silencio.

Un silencio agobiante, espeso, que sin embargo, estaba lleno de susurros, de sonidos furtivos como el roce de una cortina contra la pared, el crujido de un mueble, el trabajo de la carcoma, el rumor de algún coche que pasaba por la lejana carretera. Transcurrieran cinco minutos.

Quizá seis.

Nada parecía moverse en la casa.

La luz del candil se proyectó entonces en la habitación. Aquella luz alumbró unas piernas bien torneadas, desnudas, apenas cubiertas por el fino velo del salto de cama. Alumbró unas caderas redondas. Un busto alto y firme reveló que la que poseía todos aquellos encantos ya no era una niña.

Ethel miró con ojos desencajados lo que había a sus pies.

La luz del quinqué que se había procurado le facilitaba una luz débil e irreal, una luz que casi era de pesadilla. Y alumbraba la increíble escena de Alan muerto, desangrado, con los ojos muy abiertos, reflejándose en ellos aún el asombro y el horror. Su mirada paseó por la habitación.

Los viejos muebles de otro tiempo... La gran telaraña que ocupaba uno de los ángulos... El biombo chino que en otro tiempo tuvo un gran valor y que ahora yacía allí como un objeto olvidado, sin utilidad alguna...

Fue aquel biombo lo que atrajo su atención.

Aquel biombo que se movía poco a poco, que se deslizaba sobre el suelo suavemente.

Los ojos de Ethel empezaron entonces a ver aquello. Primero la línea larga, atractiva de aquellas piernas, ceñidas por finas medias.

Los zapatos de alto tacón.

La falda, que estaba subida descuidadamente hasta lo más alto, quizá con la idea de que su dueña pudiera moverse con más comodidad.

El busto palpitante.

Los ojos de Norma. Los ojos profundos de Norma. Y el cuchillo.

Aquel cuchillo dónde aún se marcaban algunas líneas de la sangre que acababa de surgir del cuerpo de Alan.

—Sabía que vendrías, Ethel.

Ethel estaba encogida sobre sí misma, paralizada, atónita.

Le faltaba la respiración. Sus ojos desencajados miraban la

figura de Norma. Pensaba que no podía ser... Que no podía ser... ¡Que ella estaba sufriendo una pesadilla!

Pero la voz firme de Norma se oyó con perfecta claridad:

—Sorprendida, ¿verdad?

—Es... ¡Es imposible!

—¿Por qué ha de serlo? ¿Porque aproveché la oportunidad que me brindaba ese estúpido testamento? Cuando tú hayas muerto, sólo quedaré yo como única heredera. Toda la fortuna será para mí.

El móvil estaba claro, y Ethel lo entendía bien. Pero había algo que no encajaba, algo que le hacía sentir vértigo.

—Tú no has podido... No has podido... —balbució.

—Claro que no he podido. Yo sólo he matado a Alan. A Bates y a Rock los mató mi cómplice.

—¿Tu... cómplice?

—Una vieja asesina a la que conocí saliendo de presidio. Una verdadera experta, te lo prometo... Por menos de un millón de dólares mataría a toda Luisiana... Ella es la que ha hecho la parte más difícil del trabajo, dejando huellas bastante claras que desorientarán a la policía. Esas huellas alejan las sospechas de mí. ¿O creías que iba a dejar que, por el hecho de ser la única heredera, todas las circunstancias me acusasen?

Ethel estaba como trastornada.

Ni siquiera sentía deseos de gritar, sabiendo que sería inútil.

—Pero eso es imposible... —pudo balbucir, ordenando un poco sus dispersos pensamientos—. La policía lo ha cribado todo. Esa maldita vieja... ¿dónde se ocultó?

—Pues muy sencillo: en el único sitio que la policía ha respetado. En una de las profundas tumbas que hay en el cementerio de la parte posterior de la casa.

Ethel lo comprendió.

Y el horror penetró aún más profundamente en sus ojos, en su cerebro, porque supo que estaba perdida.

Desesperadamente, trató de retroceder. Trató de llegar hasta la puerta que aún estaba entornada a su espalda.

El cuchillo voló a su encuentro. Manejado con una diabólica habilidad, no fue capaz de esquivarlo.

Se lo encontró clavado en el estómago antes de poder hacer un solo movimiento más.

Gimió sordamente, intentando volverse. El cuchillo fue velozmente desclavado.

Ethel veía su propia sangre manchando las paredes, saltando en todas direcciones como si fuera la de una persona extraña.

Pero era la suya. Aquello era su propia vida.

Fue aquello lo que le quitó todas las fuerzas, lo que la hizo hundirse en las profundidades del horror.

Se tapó la cara con las manos para no verlo.

Lo único que pudo balbucir fue:

—Cuando te quedes con todo... No estropees la... la tumba de Frank.

Norma dijo suavemente:

—No, cariño.

Y clavó la hoja de acero otra vez.

Ahora buscó el corazón, como había hecho con Alan.

Ethel se desplomó suavemente al suelo.

No causó ningún rumor, como si no quisiera producir molestias ni en el momento de morir.

Norma limpió también el cuchillo en sus escasísimas ropas. Luego borró las huellas y lo arrojó por el sitio que había planeado desde el principio: por el hueco de una gruesa tubería que atravesaba la habitación desde el techo hasta el suelo. El cuchillo iría a parar a las profundidades del pozo negro que había debajo de la casa. Nunca lo encontrarían allí.

Luego arregló sus ropas y salió. Tenía que dar cuenta al comisario Murdock de lo que había ocurrido. Lógicamente los cadáveres no podía descubrirlos más que ella, de modo que avanzó en dirección a la puerta principal de la casa.

—¡Gunnar! —llamó—. ¡Gunnar!

Esperaba que su cómplice apareciese de un momento a otro. Tenía que pedirle que se alejara cuanto antes de allí.

—¡Gunnar!

Nadie le contestó.

Era igual, ya la encontraría. Sabía la profunda fosa del cementerio en que se ocultaba.

Abrió la puerta y salió, tras dirigir una última mirada al tablero eléctrico donde ella había provocado un chispazo, fundiendo los plomos.

La luz de las estrellas alumbraba perfectamente el pabellón donde estaba el comisario Murdock.

Además, se veía luz en las ventanas. Murdock aún tenía que estar allí, puesto que no había podido oír ningún ruido sospechoso.

Llamó con los nudillos a la puerta.

Un hombre a quien no conocía la abrió. Era un agente con chaqueta de piel y que por fuerza tenía que pertenecer a la policía del Estado.

La vio agitada, temblorosa.

—Señorita Norma.

—¿Cómo sabe que soy yo...?

—El comisario me la ha descrito. Y me ha dicho que tal vez vendría.

—Necesito hablar con él. ¡Necesito hablar con él enseguida!

—No está ahora.

—¿Cómo que no está?

—Por eso me ha dejado aquí. Para que les atendiera por si alguno de ustedes necesitaba algo.

Ella no podía parpadear, pero de lo contrario lo hubiera hecho. Estaba asombrada e irritada a la vez.

Una parte fundamental de su papel era mostrarse asustada precisamente ante Murdock. Jugar el rol de una asustada mujer que está dispuesta a cualquier cosa con tal de que triunfe la justicia.

—¿Pues qué ha ocurrido para que se fuera? —murmuró.

—Es que hay novedades y está haciendo una investigación más completa. Mire.

La hizo pasar. Le mostraba la segunda habitación de las que componían el pabellón. Estaba muy bien iluminada.

—Vea...

Y Norma vio.

Vio el cadáver tendido sobre el diván, aquel cuerpo rígido y que tenía un aspecto repelente a causa de su vejez y de haber estado tanto tiempo en el agua.

Vio la nariz aguilena. Los ojos desencajados y vidriosos, donde aún parecía leerse una última expresión de estupor.

Norma sintió que un terrible frío recorría su espalda. Los pies se le quedaron como clavados en el suelo.

—¿Qué... ocurrió? —pudo balbucir.

—La encontramos en el lago este anochecer. Llevaba unos dos días allí. No había muerto ahogada, sino que le asestaron, antes de lanzarla al agua, una puñalada en el corazón.

—¿Y... y... qué saben de ella?

—Sólo lo que indicaba su único documento de identidad: era una peligrosa expresidaria. Se llamaba. Tena Gunnar.

Norma vaciló.

Todo daba vueltas en torno suyo.

—¿Dice que hace dos días? —balbució.

—Sí, aproximadamente. Pero... Comprendo que no debí haberle enseñado el cadáver —dijo el agente—. Todo esto ha de ser muy penoso para usted. Perdone. ¿Quiere un sorbo de coñac?

—No. Gra... gracias.

Y Norma dio media vuelta y echó a correr.

No se daba cuenta de por dónde iba. Sus ojos eran realmente los de una alucinada. Corría como una loca.

Se encontró de pronto ante la puerta de la casa.

La Gunnar había muerto... Llevaba... ¡Llevaba ya dos días en el fondo del lago!

Pero entonces...

Un verdadero torbellino se había formado en los pensamientos de Norma Deville, que giraban locamente.

Tenía las facciones desencajadas.

Sus pies se movían como los de una autómatas.

«No debes entrar... No debes entrar... ¡Esta casa es peligrosa! ¡No debes entrar...!».

El pensamiento martilleaba en su cerebro, pero ella seguía avanzando. La sensación de misterio podía más que todo el miedo que ahora sentía: una cortina de sombras sucedía a otra, un pasillo vacío se enlazaba con otro pasillo vacío. La casa parecía inmensa, interminable. La luz de las ventanas caía de repente sobre ella, como una mano blanca. Los viejos muebles crujían a su paso.

Parecían vivir.

Y de pronto se encontró ante el cuadro de tía Eleonora. Vio la mano huesuda. El camafeo.

Y sus ojos.

Dos ojos vivos y dos ojos muertos.

Porque los ojos pintados en el lienzo no vivían, pero los de la

persona que estaba al pie del cuadro sí. Aquella persona que la miraba acechando, como dispuesta a saltar.

Norma tenía los nervios paralizados, helados.

Era incapaz de hacer un esfuerzo de voluntad para moverse. Y aun, caso de haber hecho aquel esfuerzo de voluntad, tampoco hubiera conseguido desplazar un pie. No había oído la voz de tía Eleonora desde que ella era una niña, desde que, siendo muy pobre, tuvo que buscar refugio allí.

Recordaba aquella maldita voz. Y las manos duras y huesudas que en aquella época la castigaban continuamente.

Tía Eleonora la había odiado siempre. En el fondo la aborrecía. La tuvo allí para castigarla, para humillarla.

La voz susurró:

—Lo habías planeado todo muy bien, ¿no? Aprovechar la condición impuesta en mi testamento.

Ser tú la única heredera, después de matar a los otros. No era mala idea la de buscar la complicidad de esa vieja loca que atraería hacia ella todas las pesquisas de la policía.

Norma había tragado saliva bruscamente. Para ella era un suplicio incluso el simple hecho de respirar.

—Pero yo la descubrí —siguió diciendo la voz—. La descubrí y la maté, arrojándola al lago. En realidad, la única intervención de esa loca consistió en aparecer en uno de los corredores y dejar unas huellas poco antes de la muerte de Bates. Ah... Y en ocupar el lugar vacío, cuando la sesión de espiritismo. Luego ya no pudo hacer nada más, porque estaba muerta. Yo la eliminé. Como eliminé a Bates y a Rock...

Norma seguía quieta allí, sintiendo que todo daba vueltas y más vueltas, lentamente, en torno suyo. Apenas pudo balbucir:

—Pero..., ¿por qué?

—¿Y lo preguntas? Estúpida... No te das cuenta de que siempre os he odiado hasta más allá de la muerte. Mi esposo me dejó pobre por el simple hecho de que vosotros existíais. Yo no podía gozar de la herencia. Tenía que guardarla para vosotros, una miserable pandilla de zánganos... Siendo multimillonaria, debía vivir en esta casa sin permitirme los grandes lujos que soñaba... Y en mi cerebro fue creciendo la idea de vengarme. Sabía de vosotros... Tú eres casi una golfa, Rock un gánster, Bates un anormal, Alan un borracho. ¿Y

tenía que sacrificar mi vida por vosotros? Por eso, ya que tenía que dejaros mi fortuna, os dejaría también mi venganza. E ideé mi plan.

Su voz volvió a sonar, lenta y grave, ante la aterrorizada Norma.

—Tú habías ideado un plan en tres semanas —dijo—. Yo lo ideé durante casi toda mi vida y además lo dejé reposar y madurar durante tres años. Después de mi muerte aún esperé ese tiempo.

—¿El accidente... fue provocado?

—Pues, claro... ¿A mí qué me importaba, si morían unos cuantos imbéciles más? A última hora, cuando el avión iba a despegar, di mi pasaje a una amiga a quien le gustaba viajar, pidiéndole que llevara uno de mis maletines de mano. Allí estaba la bomba. Era a partir de este momento, a partir de mi desaparición, cuando podía empezar a jugar el testamento. Sin mi muerte, todo el plan era imposible. Contaba los días que faltaban para tu mayoría de edad, para que todos os reunierais aquí.

¡Y acudisteis! Sin faltar uno. Claro, como los buitres en torno a la carnaza... Hasta Rock obtuvo la libertad bajo palabra para venir. Nada más fácilmente que eliminaros a todos. Pero me encontré con la sorpresa de que tú me ayudabas, de que tú facilitabas las cosas. Y has hecho un buen trabajo, Norma. Pero, ahora..., ¡tienes que morir!

Rió silenciosamente.

—Me falta un pequeño detalle por explicarte: si encontré a tu cómplice, fue porque elegimos las dos el mismo sitio para ocultarnos.

Y avanzó poco a poco.

Norma estaba petrificada.

En otro momento de su maravillosa juventud hubiera saltado, hubiera gritado, hubiera hecho algo.

Pero ahora no podía.

Sus nervios estaban helados, los músculos no le respondían.

¡Y no podía ni cerrar los ojos!

Hasta aquel último consuelo le estaba prohibido. No podía evitar mirar el horror que se estaba acercando a ella.

Sus ojos estaban muy abiertos, sus párpados espantosamente quietos.

Era terrible y era sarcástico al mismo tiempo.

Ella había inventado a tía Eleonora... ¡Y tía Eleonora existía

realmente! ¡Iba a matarla!

Se acercaba a ella.

¡Y ella, Norma, no tenía más remedio que ver!

No sabía ni dónde estaba la pistola que le había dado el imbécil de Alan. Ni aun caso de saberlo, hubiera sido capaz de usarla.

Vio que el cuchillo avanzaba hacia ella.

Logró dar, con un último esfuerzo, un paso hacia atrás.

Pero el cuchillo penetró en su piel.

Hizo saltar la sangre.

El dolor obligó a moverse a Norma.

Gritó, gritó con todas sus fuerzas.

En la soledad de la casa, aquella llamada de auxilio resultó tan inútil como patética.

La vieja le clavó el cuchillo otra vez. Lo retorció cruelmente dentro de su cuerpo.

La detonación la dejó ciega.

La detonación despertó mil ecos en su cráneo e iluminó mil lucecillas en sus ojos. Cuando la oyó repetirse ya no sentía nada. Tía Eleonora soltó el cuchillo sin darse cuenta de que las dos balas le habían atravesado la frente por el mismo sitio. Cayó muerta casi sobre su víctima, que se desangraba lentamente.

Halloran guardó velozmente la pistola con la que acababa de hacer fuego.

Y corrió hacia Norma, levantándola un poco en sus brazos, pensando que aún podría hacer algo por ella.

Una primera ojeada le hizo darse cuenta de que era inútil todo esfuerzo. Vio que los labios de la muchacha se movían apenas, con un último resto de vigor.

—Yo he matado a Alan y a Ethel... —farfulló—. El comisario... irá ligando detalles... Todo era... un diabólico plan...

—Lo sospechaba —musitó Halloran—. Y sospechaba también que la muerte de la famosa tía Eleonora había sido ficticia. Por eso merodeaba en torno a la casa y por eso estaba aquí.

Desgraciadamente, he llegado... un poco tarde.

—Es mejor... así. Prefiero esto que el juicio, la pena capital y... todo lo demás... Los años de espera, el patíbulo al fin... No, no... Es mejor así... Lo único que quisiera en este terrible momento es..., es poder cerrar los ojos.

En efecto, tenía los ojos abiertos, espantosamente abiertos.

No podía cerrarlos ni en el momento de morir.

—¿Puedo hacer algo por ti? —susurró Halloran.

—Nada, salvo com... compadecerme... La muerte de la que más me arrepiento es..., es la de Ethel... Ella era una buena muchacha... Nunca... debí hacerlo...

Halloran no contestó.

Se daba cuenta de que la muchacha era sincera y de que realmente sentía lo que estaba diciendo en el momento de morir.

—Ahora la herencia... pasará al Estado —balbució Norma con sus postreras fuerzas—. Es casi cómico que al final resulte así... Manos extrañas tocarán todo esto. Pero yo te ruego... una cosa...

—Dime. Haré lo imposible por complacerte.

—Procura que nadie toque... la tumba de Frank. Ethel vino aquí para eso. Permaneció aquí para eso. Y puede decirse que murió por eso. Amaba a Frank, ¿sabes? Él fue bondadoso... La hizo feliz...

Y balbució por fin:

—Quizá no sepas que Frank..., Frank era... negro.

Y su cabeza se desplomó pesadamente. Quedó quieta entre las manos de Halloran. Quedó como petrificada, tan hermosa como siempre había sido... y con los ojos abiertos.

Halloran la depositó en el suelo, poco a poco.

Se puso en pie.

Le dolían los músculos, la cabeza. Le dolía el alma.

Vio que había alguien más en la puerta. Era Murdock.

El comisario masculló:

—He oído lo suficiente, Halloran. Todo esto ha venido a confirmar mis sospechas. ¿Mató usted a la vieja?

—Pensé que no había otro modo de frenarla.

—Luego le tomaré declaración. Una simple formalidad, ¿sabe?

—De acuerdo, pero ahora déjeme.

—¿Adónde va?

—Supongo que los teléfonos funcionan, ¿no?

—Claro.... ¿Pero a quién quiere llamar? ¿Va a pedir otro aplazamiento a Robert Kennedy?

—No... Si saliese ahora, aún obtendría esa entrevista, pero voy a perderla... Voy a perder una de las oportunidades de mi carrera..., por algo que vale aún más. Otra persona me necesita, me necesita

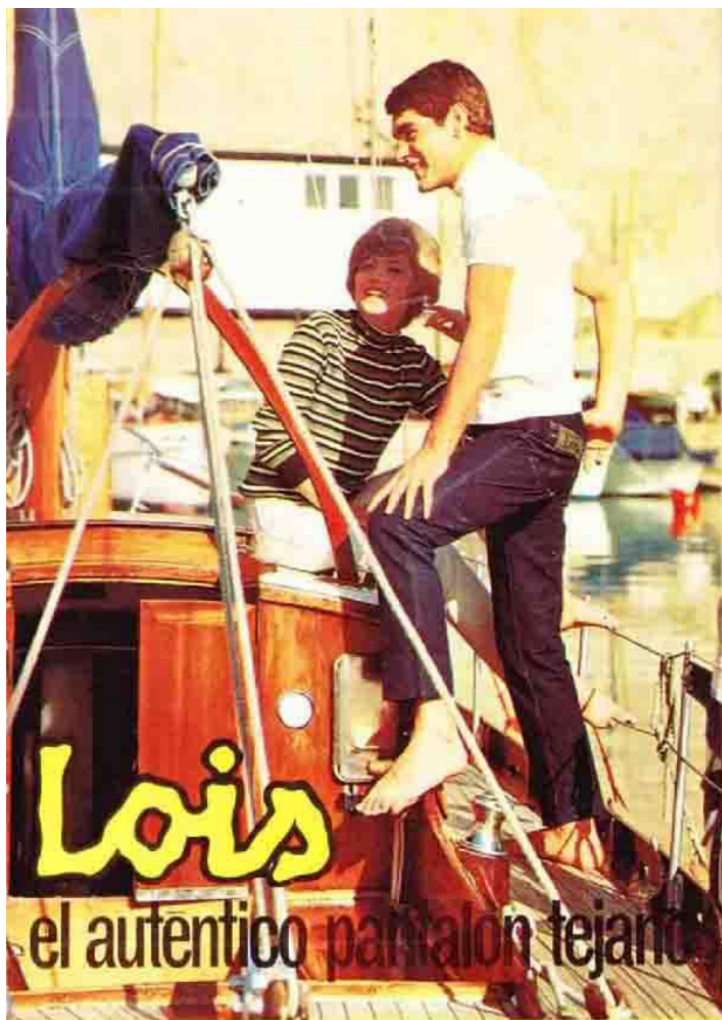
hoy, porque quizá mañana sería demasiado tarde.

Pasó a la habitación contigua. Y pidió una comunicación a larga distancia con Montgomery, Alabama.

—Alma, perdóname. Espérame... Voy contigo. Estaré ahí dentro de unas horas.

Y colgó el teléfono, mientras una suave sonrisa parecía asomar a su rostro por primera vez.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

